



ELOGIO DE LOS
JUECES ESCRITO
POR UN
ABOGADO

PIERO CALAMANDREI

COLECCIÓN CLÁSICOS DEL DERECHO

TÍTULOS PUBLICADOS

- Filosofía del Derecho**, *Gustav Radbruch* (2007).
- Tratado de filosofía del Derecho**, *Rudolf Stammler* (2007).
- Teoría General del delito**, *Francesco Carnelutti* (2007).
- La autonomía en la integración política. La autonomía en el estado moderno. El Estatuto de Cataluña. Textos parlamentarios y legales**, *Eduardo L. Llorens* (2008).
- El alma de la toga**, *Ángel Ossorio y Gallardo* (2008).
- La filosofía contemporánea del Derecho y del Estado**, *Karl Larenz* (2008).
- Historia de las doctrinas políticas**, *Gaetano Mosca* (2008).
- El Estado en la teoría y en la práctica**, *Harold J. Laski* (2008).
- Derecho constitucional internacional**, *B. Mirkine-Guetzévitch* (2008).
- La situación presente de la Filosofía del Derecho**, *José Medina Echavarría* (2008).
- El método y los conceptos fundamentales de la Teoría Pura del Derecho**, *Hans Kelsen* (2009).
- La ética protestante y el espíritu del capitalismo**, *Max Weber* (2009).
- De la irretroactividad e interpretación de las leyes. Estudio crítico y de legislación comparada**, *Pascuale Fiore* (2009).
- Cartas a una señora sobre temas de Derecho político**, *Ángel Ossorio* (2009).
- Elogio de los Jueces escrito por un Abogado**, *Piero Calamandrei* (2009).

COLECCIÓN CLÁSICOS DEL DERECHO

Directores:

JOAQUIN ALMOGUERA CARRERES

GABRIEL GUILLEN KALLE

ELOGIO DE LOS JUECES ESCRITO POR UN ABOGADO

PIERO CALAMANDREI

TRADUCCIÓN DE
SANTIAGO SENTIS e ISAAC J. MEDINA

CON UN PRÓLOGO DEL
EXCMO. SR. D. DIEGO MEDINA



CASA EDITORIAL
GONGORA
FUNDADA EN
1875

© Editorial Góngora
© Editorial Reus, S. A., para la presente edición
Pecados, 23 - 28013 Madrid
Tfno.: (34) 91 521 36 19 - (34) 91 522 30 54
Fax: (34) 91 531 24 08
E-mail: reus@editorialreus.es
<http://www.editorialreus.es>
Traducción: Santiago Sentis e Isaac J. Medina

ISBN: 978-84-290-1577-5
Depósito Legal: Z. 4546-09
Diseño de portada: María Lapor
Preimpresión: Analecta E&L.SL
Impreso en España
Printed in Spain

Imprime: Talleres Editoriales COMETA, S. A.
Ctra. Castellón, Km. 3,400 – 50013 Zaragoza

Fotocopiar ilegalmente la presente obra es un delito castigado con
cárcel en el vigente Código penal español.

PRÓLOGO

La lectura del admirable libro “Troppi Avvocati” fué el primer contacto de mi inteligencia con el eminente profesor de la universidad de Florencia, Piero Calamandrei, porque hasta mucho tiempo después no conocí la obra cumbre de tan esclarecido procesalista “La Cassazione civile”. Fue tan íntima y completa la compenetración que sentía mi espíritu con la doctrina expuesta en la primera, al avanzar en el conocimiento de las sugerencias que esmaltan la elegía sentidísima por el exceso de abogados, que me parecía estar siguiendo a quien profundamente conociera los males de aquella demasía de voceros le-gistas en nuestra patria. Y necesitaba recordarme que aquellos pensamientos venían del famoso profesor de Florencia, para no estimarlos inspirados en la deficiente organización de nuestras universidades y que no respondían los males deplorados al poco cuidado con que el legislador español vino eludiendo el necesario perfeccionamiento de una profesión tan augusta como la del abogado. Tamaño descuido es más inexplicable si se tiene en cuenta que, en todos los

períodos del gobierno de España, durante los siglos XIX y XX, fueron abogados quienes principalmente llevaron la dirección de la nave del Estado, con más energía de capitanes que acierto de timoneles. Tan completa era la coincidencia de los males y las posibilidades de los remedios, que Calamandrei expone en su popular estudio “Demasiados Abogados” que bien pudiéramos tomarlos como punto de iniciativas felices y fructíferas para España.

Luego la asistencia de uno de mis hijos y compañero de función judicial, a la cátedra de tan egregio profesor, que con inagotable bondad le dispensara el fruto de su ciencia y los efluvios de la más cariñosa benevolencia, de tal modo me ligaron al catedrático insigne, con áurea cadena de la más hermosa entre las cualidades que ennoblecen el corazón humano, que requerimientos que invocaran su nombre, me tenían rendido con obligada devoción. Solamente así puede explicarse que aceptara el honroso cometido de presentar en España la maravillosa obra titulada “Elogio dei Giudici scritto da un Avvocato” traducida por el antes aludido y otro compañero de judicatura, al frente de la cual me colocó la fortuna. Sin duda porque a nadie concedo que me aventaje en el amor a clase tan noblemente privilegiada por su función, que, si es bien conocida en las reconditas de su corazón por todos los abogados, no todos sienten, ni se atreven a exteriorizar, el férvido entusiasmo de la clase forense, de que es gala y gloria el sabio Calamandrei.

Disculpad, pues, juristas españoles, que sea tan modesto el introductor de embajador tan reputado, que llega a nuestra biblioteca con este selectísimo fruto, avalorado por la fuerza y la belleza del pensamiento, continuador afortunado de la gloriosa tradición de maestros insignes que alcanzaron fama universal en publicaciones que consagra el sublime idioma del Dante.

De las más elevadas cumbres del pensamiento europeo vienen, pues, brisas confortadoras de la función judicial. El profesor abandona un día sus severas especulaciones científicas y pone su ingenio, de fama internacional, en el ara de la más excelsa virtud y al servicio de su sacerdocio, para rimar en verdaderas poesías el canto y loa de su amor por la función judicial. Porque enfrentarse con la plebeyez de las preocupaciones contra la justicia y sus servidores, divulgadas en todos los tiempos y con virulencia corrosiva en los actuales, requiere la vocación prócer del sacrificio de otro hidalgo, que cual el de nuestro Cervantes, aleje con su fuerte brazo a los malandrines que les acosan. Seguramente no ha de faltar intención a muchos para mantear también a nuestro héroe, a quien no podrá alcanzar nunca la ofensa de torpes acometidas.

Los funcionarios judiciales no podían permanecer indiferentes ante la salida que en su honor supone el presente libro. Dos entusiastas jueces españoles ponen, con las añoranzas de una escuela de especialidad en Italia, su cariño al maestro en la traducción de sus elevados pensamientos. Aquí seguidamente los tienes ante tu vista, abogado español, para confortarte

y ennoblecer aún más la profesión que ejerces en el foro con relevancia y seriedad acreditadas entre los congéneres extranjeros. Y aquí los tienes, magistrado, fiscal, secretario, para testificarte cómo en la cátedra tienes tu origen glorioso y en el foro tu más eficaz colaboración.

No podía, en este instante, eludir mi amparo a los traductores, ni sigilar expresión de mi gozo, por todos los funcionarios aludidos; pero sin olvidar el consejo que nuestro Cervantes pone en voz de Maese Pedro, cuando se dirige al declarador de las maravillas del retablo —¡ Llaneza, muchacho ; no te encumbres ; que toda afectación es mala !——pues nosotros, compañeros y amigos, no olvidemos que no somos sino servidores del país. En colaboración cordial con el pueblo, hemos de administrar justicia, y que nada sin la opinión pública tiene fuerza de soberanía. Además, para no envanecernos ni tergiversar los conceptos, he de reiterar lo repetido en otras ocasiones: la función de juzgar es ciertamente la única soberana, porque sólo puede ser inmutable lo que se fundamenta en la justicia; pero el juzgador no hace sino prestar su alma al efecto del juicio, con apartamiento absoluto de todo lo material, de todo lo que no sea una conciencia, destello de la justicia eterna. Ni el jurado ni el juez han de envanecerse de su préstamo. Que la función transitoria del primero se funda en el sentimiento racionalizado de lo justo, condición esencial de todos los seres humanos. Y la misión del magistrado, aunque de permanencia más o menos duradera, está condicionada por la misma imparcialidad, común en excelsitud con la del jura-

do y por la técnica que pone al servicio retribuido del Estado, como el abogado lo hace con relación a su cliente. De suerte que lo divino en el juzgador, la justicia que sólo florece en el clima de la imparcialidad, es común al juez del hecho y del derecho. Su ciencia y su técnica, aunque hijas de la inteligencia, han de seguir en rango humano, a ese sentimiento de lo justo, suprema ley, dentro de la cual únicamente tiene posible explicación la libertad y la igualdad. Por eso, todo ciudadano, y más el jurista, ha de contemplar en la imparcialidad de cada juez, el órgano inmaculado de la conciencia, antes que la técnica que les sea común. Mas, repito, esto no ha de ser base de engreimiento, porque es tan impersonal y sutil la función de administrar justicia, que para asegurar el desligamiento entre la conciencia y el hombre, el hombre juez queda controlado en la función por los mismos justiciables mediante la ley, la recusación y el rito judicial, que le avalan la confianza de los propios súbditos de su jurisdicción.

Con la precedente exhortación a los jueces y a los abogados, volvería extensamente a las páginas del ilustre publicista, de haber lugar y espacio. No dejaré de deleitarme con los pensamientos del eminente jurista, rememorando su lectura, ya que la crítica favorable es obligada para el lector, prendido en el encanto de la idea enjundiosa, expuesta con aquella difícil facilidad y con una claridad y fluidez, que es el secreto de los verdaderos artistas. Quisiera que el siguiente velocísimo recorrido por la obra sirva de aperitivo a los lectores y de acicate para que compartan su doctrina.

En el capítulo I, “De la fe en los jueces, primer requisito del abogado”, encontrarás párrafos de fe y amor, de honestidad y fortaleza, de caridad, perfección y convencimiento.

El de la urbanidad de los jueces, segundo de este trabajo, subraya el acierto de las costumbres extranjeras sobre la española, que coloca al abogado de cara al público, mientras que en aquéllas, los curiosos quedan a su espalda y, por el contrario, se enfrenta únicamente con los jueces: la afición deportivo-forense, que domina en el auditorio, queda frustrada, o a lo menos enervada, sin más aplauso ni entusiasmo del público que el de las sólidas razones expuestas mirando a los jueces.

Censuramos en castellano que “lo que falta de fuerza a las razones súplanlo los pulmones”. Aceptando asimismo la lección del profesor de Florencia, hay que afirmar que las voces estentóreas y las gesticulaciones excesivas, el ademán descompuesto, los parlamentos interminables y las palabras de dudoso gusto, son achaques casi incompatibles con la razón en el abogado que los emplea: hay que guardar Sala, como dice la técnica de nuestro foro.

Insuperablemente inspirado, continúa el manual de urbanidad del maestro: el abogado que pierda la cabeza, pierde al cliente. El abogado no ha de meter miedo a los santos ni a los jueces. Ni ufanarse ostensiblemente en ser su maestro, de no resultar un pésimo psicólogo, como el examinando del cuento.

Abundando en un pensamiento del autor, añadiré que siempre me pareció el *consilium sapientis* una contrafigura o remedo de la función judicial: para abogado, le sobra el disimulo de la tutela de su cliente; y para juez, le falta la imparcialidad garantizada.

Después de los pensamientos aludidos, con maravillosa intuición, encuentra Calamandrei las ideas felices y sutilmente las aflora en narraciones amenas sobre la discusión entre el abogado y el juez o del alumno con el maestro; sobre el recurso de preterición; la impersonalidad de la toga; el relumbrón descarado; la vanidad y egotismo; la discreta sugestión; la idea de probidad extensiva a la puntualidad. Todos estos conceptos están regidos, a mi juicio, por la misma ley moral de la imparcialidad. Es la imparcialidad fuente purificante de la justicia. El abogado procurará no enturbiarla, perturbando el órgano sereno de la conciencia judicial, encerrada en el frágil recipiente humano, cuyo contenido imperfecto no es fortaleza invencible a la simpatía ni a la antipatía ni a otras deletéreas pasiones que marchiten, en el campo de la imparcialidad, la flor de la justicia. Precisamente es tan esencial la imparcialidad que no solamente se ha de subordinar la función judicial a un rito procesal, que es el estatuto del justiciable, sino hasta al mismo control de éste, mediante el derecho de recusación. ¡Qué mucho que el maestro aconseje al abogado cuidar en su favor de la conservación de ese campo de la imparcialidad, fructífero en bienes de justicia!

De las semejanzas y diferencias entre la abogacía y la judicatura, incluyendo al Ministerio público, contiene la obra diez párrafos, en los que el autor continúa mostrándose como psicólogo profundo y pensador tan penetrante, que los problemas más hondos del derecho orgánico y judicial, se ven elucidados con singular acierto e insuperable sencillez y amenidad. La acometividad y la moderación ecuaníme, la fuerza dinámica del abogado y la estática del juez, el difícil equilibrio de la función fiscal, adquieren en la pantalla de las páginas expresión luminosa de las respectivas funciones, y las recon-diteces de la psiquis del funcionario, presentadas en escenas, que parecen vividas, por la justeza y el discernimiento de cualidades y personajes. Ama al juez en el cual, después de haber depositado su fe, tiene esperanza de justicia, y para que el amor sea perfecto, también tiene caridad, al contemplarle abrumado en su fragilidad por la carga casi divina de una función sobrehumana, que en instancia transcendente y definitiva, se reservó el que dijo: *No juzgarás*. ¡A qué profundidades del espíritu se llega con deleitosa facilidad, guiados por la mano amiga del autor ! La imparcialidad y la relativa parcialidad de jueces, abogados y fiscales tiene definición y medida exacta. Los abogados son las sensibilísimas antenas de la justicia, doctrina que el autor prueba y sensibiliza con el bello símil del coleóptero amputado. Juez, el más bueno, dice una frase nuestra. Idéntico es el postulado del autor al manifestar respecto del juez, que no le importa en primer término su inteligencia. El fiscal, como mantenedor de

la acusación, debería ser parcial como el abogado; imparcial como el juez, en cuanto guardador de la ley.

En otros términos: abogado sin pasión, juez sin imparcialidad. He aquí la dificultad del peligroso equilibrio en que no se puede comprometer al magistrado, porque es proclive a la pérdida de la desapasionada objetividad o, por el contrario, a la generosa combatividad del defensor.

Pasamos con nuestras referencias al capítulo IV, donde Calamandrei quisiera ver desterrado de la llamada “oratoria forense” la ampulosa elocuencia, que gráficamente denomina *bel canto*. Acompañárnosle en la preferencia por el diálogo, en contra del monólogo. Claro está que habría que condicionarlo aún con más rigor que los reglamentos parlamentarios y observarlo inflexiblemente mediante la autoridad de la presidencia. Por sugestión de estas ideas, se me ocurre que la defensa oral del letrado pudiera tener dos tiempos procesales distintos: el primero, de monólogo; el segundo, de diálogo. Séame permitido intercalar y exponer esta opinión. Demos por recordados los delicados prolegómenos del bufete, entre abogado y cliente, así como en la litis, sus períodos procesales de planteamiento técnico del negocio y de su desenvolvimiento histórico mediante pruebas, para llegar al informe dogmático y técnico a la vez del orador forense. Repito la conveniencia de separar dos momentos de tal defensa. El actualmente vigente de monólogo, para que cada abogado exponga sin interrupción su dogmática o ciencia y sus enfoques técnicos de los problemas planteados

para solución. Pero antes de decir en qué consiste el segundo momento procesal a que aludo, preciso manifestar el concepto de los Tribunales colegiados y de la función de sus ponentes.

La sentencia es el fruto maduro de una ponencia. No se compone la sentencia con sumandos iguales de cada vocal. Es el producto de la inteligencia del ponente, fecundada por la ciencia y el arte de los abogados y cuidada, en su brote y florecencia, por los demás miembros del Tribunal, como acuciosos e imparciales jardineros. Esta es la realidad forense y no podía ser otra, de acuerdo con la ciencia procesal. Pues bien, suponemos terminada una deliberación del Tribunal y la ponencia adquirió, por esta parte, la perfección posible y su aprobación o reemplazo por otra más convencidora. En el derecho actual, sólo faltaría poner la sentencia. Ahora cabe preguntar, ¿no sería posible una segunda vista? La primera a puerta abierta, pública; ésta, a puerta cerrada, privada y secreta. Aquélla, enfrentados los letrados. Ésta, también ante el Tribunal, pero contrapuestos los abogados y el ponente, sin peligro de que la discusión entre el juez y el abogado forme inconscientemente un estado de espíritu contrario al justiciable, puesto que ya estaría formado. ¿No se desearía acuciar al ponente? Pues ¿qué recurso más eficaz que enfrentarle los intereses y los criterios disconformes? Veríamos conseguido el más concienzudo estudio, forzándole, en unión de los vocales, a su preparación para tal torneo. ¿No es más eficaz y leal que la crítica en otra instancia y hasta en casación? Indudablemente. Después el presidente daría por terminado el diálogo para volver a deliberar solamente

el Tribunal y resolver en definitiva. Esto sería sencillamente el establecimiento del recurso de reforma en las sentencias, mediante la colaboración forense en tiempo hábil, antes que los demás vocales presten definitivo asentimiento a la ponencia y la más eficaz para la perfección. Así podríamos cohonestar las ventajas del monólogo cerrado, aceptado en la oratoria forense, con el diálogo cortado, que parece preconizar el ilustre catedrático de Florencia, quien recuerda, a este respecto, cierta práctica contra ley en los procesos civiles de algunas regiones de Italia.

A la nueva técnica forense que indico, no se opone principio jurídico alguno. Por el contrario, los dogmas de la ciencia procesal y orgánica permanecen incólumes: la justa parcialidad del abogado no se inmiscuye en el voto de la sentencia, que pertenece íntegra y absolutamente a la estricta imparcialidad de los magistrados; pero, repito, estimula la mente creadora de la ponencia y reactiva en los miembros del Tribunal la función de examen y crítica. Este es el objetivo principal: el estímulo de los funcionarios. No tanto para la justicia como para la perfección técnica de la sentencia. Ciertamente pone la capacidad judicial en justa ocasión de prueba científica y práctica, al versar el debate sobre la doctrina de los considerandos admitidos y las lagunas de la estimación de la prueba. Pero no se coloca al ponente en trance insuperable de *bel canto* ni de desprestigio, toda vez cuenta con el apoyo de sus considerandos bien deliberados, para sostenerlos en discusión rigurosamente privada, dialogada y cortada por la autoridad presidencial, y en la que caso de aprieto no

sólo colaboraría el abogado victorioso para sostener sus laureles, sino los vocales del Tribunal, ínterin no se altere en ellos la convicción. Este nuevo torneo particular, es difícil solamente para el abogado derrotado; pero, contra todos, puede obtener su rehabilitación. Únicamente el ensayo en los Tribunales colegiados de lo civil y contencioso-administrativo puede contrastar el acierto de la anterior técnica inspirada en el pensamiento de Calamandrei, exponente aquí de una corriente de derecho muy generalizada en el extranjero, a estos respetos de la oratoria grandilocuente sustituida por nuevas formas de oralidad.

Quiero anotar otra facilidad utilísima que traería, para la Administración de justicia, la segunda vista de oratoria dialogada: la posibilidad de rechazar sin descortesía las visitas, conversaciones y escritos particulares para informaciones complementarias y datos del informe forense, porque el abogado podría reiterarlos o suministrarlos oficialmente, y redundaría en su desdoro cualquier otra intervención ajena a su conducto, puesto que dispone, hasta última hora, de trámite y momento procesal. Lo que anteriormente significo es en canto llano la guerra a la recomendación y a las alegaciones clandestinas. Satisfechos cumplidamente los fueros de las defensas, de manera tan eficaz que permita la intervención en la ponencia, el Código penal incluiría inculpatado el más leve conato del nuevo delito contra la Administración de justicia o de su tentativa en extraños, justiciables y funcionarios.

Y volviendo de la sugestión a la realidad de la obra, te recomiendo, lector, que no dejes de saborear los párrafos, tanto los anteriormente aludidos como aquellos en que, con fina observación, recomienda al abogado ciertas lícitas sagacidades de su profesión, como la del saber callar, que a la definición clásica del orador: *vir bonus dicendi peritus*, conceda preferencia a esta otra: *vir bonus tacendi peritus*. Y da tanta importancia el autor a esta retórica del silencio que reiteradamente vuelve a la diatriba contra el bel canto de la facundia del abogado, en forma monologada. Está felizmente concebido y expresado lo referente a la enseñanza de la oratoria. Brevedad y claridad y aun su preferencia por aquélla, hasta la exageración incluida en la graciosísima anécdota del abogado que conquistó al Tribunal renunciando a la palabra. Verdadero colmo “racional” de la oratoria forense. La fe de los clientes debe objetivarse en el abogado, no en las flores artificiales de los informes grandilocuentes. Acertadamente se fustiga luego la preocupación vulgar de que llevará la razón el último que hable al Tribunal, cuando es más razonable lo inverso de que quien habla el último no lleve nunca la razón. Hay un fondo de verdad a la par que un rasgo de humorismo en la paradójica duda del autor sobre si la misión de ciertos abogados más que exponer razones, sea evidenciar sin razones.

La inhibición por el sueño en estrados, es contemplada por el maestro a través de su prisma de amor respetuoso y constante a las personas de los jueces. Hasta el título de la sección es un modelo de fineza y de gracia indulgente: “De cierta inmovilidad de los jueces en audiencia pública”... Tal fenómeno de

somnolencia es examinado sin acritud, con donaire y sin exageraciones de concepto. Pero la realidad en España de esa *debilidad procesal* es en verdad poco frecuente, por no decir absolutamente ficticia: ante el foro español, el juez no duerme jamás en ningún sentido de su función; pero ciertamente no es correspondido con la gratitud y veneración que reflejan las páginas de este libro benemérito para los servidores de la justicia.

La sección VI, bajo la rúbrica “De ciertas relaciones entre los abogados y la verdad, o bien de la justa parcialidad del defensor”, ¡qué profunda filosofía incluye y en qué exacta fotografía se condensa ! ¡ Tan admirable es la pureza y transparencia del pensamiento con el símbolo de la balanza y las demás consideraciones exculpadoras de la “justa parcialidad del defensor” ! La referencia a las dos fuerzas equivalentes, las cuales obrando sobre líneas paralelas en dirección opuesta, engendran el movimiento, que da vida al proceso, y encuentran reposo en la justicia, es admirable, y lógica su consecuencia, como uno de los fundamentos del Ministerio Fiscal, que es una parcialidad artificial destinada a alimentar desinteresadamente la polémica, de la cual tiene necesidad el juez para superarla y sentirse por encima de ella. La técnica forense del abogado, por llenos y vacíos de su defensa; el complemento de las dos defensas entre sí, pone sobre el tablero de la verdad todas las piezas que el juez necesita.

En “Ciertas aberraciones de los clientes, que los jueces deben recordar en disculpa de los abogados”— capítulo VII— no decae la inspiración del autor. Es

sublime cuando concreta su pensamiento en la frase de que el abogado, en materia civil, debe ser el juez instructor de sus clientes, cuya utilidad social es tanto más grande cuanto mayor es el número de sentencias de “no ha lugar a proceder” que se pronuncian en su despacho. El abogado probo debe ser más que el clínico, el higienista de la vida judicial; y precisamente por esta diaria obra de desinfección que no alcanza la publicidad de los Tribunales, los jueces deberían considerar a los abogados como sus colaboradores más fieles.

Cierta dificultad para la sana vida judicial se plantea que, por la facilidad de solución, quiero contribuir a esclarecer. Dice Calamandrei, aparte de otras observaciones, que los clientes buscan con sorprendente constancia, los defensores entre diputados o profesores. Sube de punto la extrañeza del autor al consignar que también el juez, cuando por cualquier asunto personal, se convierte en justiciable y tiene necesidad de un defensor, cae en la misma aberración de los clientes profanos... Esta conducta es el indicio sintomático de un mal gravísimo: la falta de independencia judicial. Cuantas veces se ha hablado de incompatibilidades de la política para ejercer la abogacía, me ha parecido que se tomaba el rábano por las hojas. No es preciso ninguna clase de incompatibilidad. Lo que es necesario es una absoluta independencia del Poder judicial, cuya organización no puede ser del caso plantear ahora. ¡ Pero sí es preciso que la justicia tenga un brío tal de autonomía, que pueda mediante ella residenciar a los políticos ! En otro caso, sucumbirá la libertad y se corromperá indefectiblemente la Administración pública. Con justicia libre, no importa la política, ni la

intromisión de los profesores en política. Esto último sería problema en el aspecto pedagógico; pero en el judicial, no habría conflicto alguno.

Con regocijante donosura, comenta el maestro italiano el caso del cliente, que le ofreció tan absoluta como fehaciente confirmación de la opinión de Racine, sobre la edad más adecuada para litigar. Para que el autor pueda aumentar su colección de anécdotas con una española, quiero ofrecérsela, recogida en mi juventud judicial, de cierto hacendado andaluz, que después de consumida su fortuna en inacabable serie de pleitos y causas, porque simultaneaba los dos procedimientos, hasta el extremo de que el criminal le proporcionó unos meses de arresto carcelario, con ocasión de un desacato de que hizo víctima, por escrito, a uno de sus jueces. Cuando, ya anciano y empobrecido, le reconvinieron cariñosamente personas de su amistad, con loable propósito de apartarle de aquella senda de recalcitrantes temeridades, llevándole al departamento de su casa convertida en archivo. Allí, en legajos clasificados, dentro de grandes estanterías, se hallaban originales y copias de toda clase de sus desastrosas actuaciones judiciales. El empedernido litigante, lejos de reconocerse, contestó a sus buenos consejeros, con altivez satisfecha, indicando aquel almacén de papel sellado: —¿Pensáis que yo he perdido lastimosamente los mejores años de mi vida?; contemplad y os convenceréis del error padecido...

Nos falta experiencia para asignar esta clase de aberración litigiosa a las demás razas; pero la lectura del presente libro y nuestra experiencia nos permiten atri-

buirlo, con preferencia, a dos pueblos tan significados en la raza latina, como el italiano y el español, si es que el testimonio literario de Racine no fuere suficiente para incluir también al francés.

En el capítulo VIII, “De las predilecciones de abogados y jueces por las cuestiones de derecho o por las de hecho”, se muestra el sabio profesor como un formidable técnico de la profesión de abogado. Si se nos preguntara cómo debe ser un abogado o un juez de instancia, sin vacilar responderíamos que exacta y cabalmente como enseña Calamandrei en los párrafos de este epígrafe. En mi tierra de Andalucía, se suele reprochar al excesivamente imaginativo diciéndole que “se marcha por los cerros de Úbeda”. Aquí los elevados cerros son las sublimidades de la especulación científica. Efectivamente, el abogado no debe andar por las nubes sino caminar por tierra firme: la abogacía es un oficio, no una investigación filosófica.

Lección admirable sobre el practicismo de la abogacía y de la judicatura es la del maestro. Recuerdo que en otro de sus trabajos admirables, “La Cassazione e i giuristi”, discierne las respectivas condiciones del juez y magistrado de instancia respecto del magistrado de casación, mentalidad de fino investigador jurídico. Son virtudes adecuadas del óptimo juez de instancia: diligencia, buen sentido, experiencia, aguda comprensión. No debe exigírsele una mentalidad investigadora del fin jurídico a quien debe dedicar gran parte de su tiempo a la tarea de estudiar e interpretar la prueba. Este mismo pensamiento late en los sugestivos párra-

fos de la presente sección, que llegan a preconizar una preparación al efecto para el juez.

De las condiciones de los magistrados y abogados de casación, no es procedente ocuparse, ni de sus cualidades distintas al juzgador de instancia; pero que en el ejercicio de la función desarrollan su aptitud. Interesantes, a estos respectos, son los dos últimos párrafos de la presente sección.

En el capítulo o sección IX, “Del sentimiento y de la lógica en las sentencias”, el autor acaso plantea la cuestión fundamental referente a la naturaleza de la función juzgadora, en términos verdaderamente sorprendentes. En efecto, nadie duda que siendo la justicia un sentimiento humano racionalizado, predomine el módulo del instinto sobre el derecho escrito; pero cuando la racionalización subsume casi todo el problema jurisdiccional, requiriendo la inteligencia especializada del jurista, parece menos justificado el poder creador de los Tribunales en la teoría del derecho libre y, sin embargo, Calamandrei nos demuestra palmariamente lo contrario en relatos de poética realidad, dando cabida al derecho justo cuando dice: “¿Cómo se puede considerar fiel una motivación que no reproduzca los subterráneos meandros de estas corrientes sentimentales, a cuyo influjo mágico, ningún juez, ni el más severo, puede sustraerse?” Efectivamente, al juzgar, la intuición y el sentimiento, se advierte que tienen muy a menudo una participación más importante de lo que a primera vista parece; por algo, recuerda el autor la observación de que sentencia se deriva de sentir. Con fortuna y claridad de pensamiento, continúa el autor,

en sucesivos apartados, dilucidando el teorema hasta agotar las demostraciones prácticas. Finaliza la sección con una alusión al sentido jurídico, equivalente al ojo clínico del médico, mediante la intuición y las condiciones nativas y adquiridas por el ejercicio.

Capítulo X, “Del amor de los abogados por los jueces y viceversa”. ¡Nuevo Cantar de los Cantares en el campo judicial ! Poesía exaltada, sano optimismo en útiles consejos. Siempre a la verdad y a la bondad por la belleza, que fluye a raudales de su inagotable foco por mediación de una mente creadora. Queden vírgenes a tus impacencias, lector, tantas verdades y bellezas en la albura de las páginas de este libro, tan ameno como sugestivo.

Capítulo XI, “De ciertas tristezas y heroísmos en la vida de los jueces”. ¡ Libro de la sabiduría ! Es el alma de los buenos jueces, dibujada en sus anhelos y esperanzas, en sus torturas, temores y satisfacciones. Justicia a la austeridad. Pintura preciosa de la dorada pobreza del juez. Insuperable conocimiento de la vida judicial. Nada he leído que lo iguale; me parece difícil que, en lo futuro, pueda ser aventajado. Benditas sean estas páginas que tanto bien producirán en la formación del espíritu de nuestros jueces noveles y tan delicioso bálsamo derramarán en el alma de los veteranos en la lucha.

Capítulo XII, “De cierta coincidencia entre los destinos de los jueces y de los abogados”. Todo el libro de Calamandrei es optimista y risueño como un epitafio judicial y forense; pero también tiene su parte de elegía y hasta de tragedia. Una endecha de amor

sostienen el abogado y juez en íntimo diálogo, digno colofón del libro, sellado con un mutuo acuerdo y cordial apretón de manos, que une indisolublemente la vida del abogado a la vida del juez.

Este diálogo, con que se pone fin al libro, con el relato de la coincidencia feliz de los sinsabores y dichas de uno y otro en la vida, es soberanamente hermoso. Al principio arranca malévola sonrisa al lector el desenfado ingenioso con que se retratan las apariencias de hostilidad que parecen animar a los interlocutores. Paulatinamente va la retórica alegría adquiriendo el tono de seriedad de los filósofos, cuando descubren las amarguras sucesivamente sentidas por su corazón. Termina con aquella inefable complacencia de uno y otro en su común destino final, que nos trae a la memoria la sublime satisfacción del deber cumplido, que nuestro inmortal Balmes nos legara como premio el máspreciado para las recompensas humanas, de todos los que quieren ver tranquilos el final de su vida.

Ha concluido este rapidísimo recorrido por el nuevo libro de Calamandrei, Kempis del judicial y del abogado y guía segura de la profesión. Sólo me resta esperar que inquietada el alma de los compañeros, no quede uno siquiera sin saborear la jugosa lectura de estas páginas, llamadas a producir frutos ubérrimos y flores delicadas en los áridos campos de la abogacía y de la judicatura.

I
DE LA FE EN LOS JUECES
PRIMER REQUISITO DEL ABOGADO



Quien fué el autor de la expresión cobarde y plebeya *habent sua sidera lites*, mediante la cual, bajo decoroso manto latino, se quiere significar en realidad que la justicia es un juego que no debe tomarse en serio? La creó seguramente un practicón sin escrúpulos ni entusiasmo que quiso justificar todas las negligencias, adormecer los remordimientos, evitar las fatigas. Pero tú, joven abogado, no te encariñes con este proverbio de resignación cobarde, enervante como un narcótico: quema la hoja en que lo encuentres escrito, y cuando hayas aceptado una causa que creas justa, ponte con fervor a trabajar, en la seguridad de que quien tiene fe en la justicia consigue siempre, aun a despecho de los astrólogos, hacer cambiar el curso de las estrellas.



Para encontrar la justicia es necesario serle fiel: como todas las divinidades, se manifiesta solamente a quien cree en ella.



Quien comparece ante un Tribunal llevando en su cartera en lugar de justas y honestas razones, recomendaciones secretas, ocultas peticiones, sospechas sobre la corruptibilidad de los jueces y esperanzas sobre su parcialidad, no debe asombrarse si, en lugar de hallarse en el severo templo de la justicia, creará verse en un alucinante barracón de feria, en el que de cada pared un espejo le restituye, multiplicadas y deformadas, sus intrigas. Para encontrar la pureza en los Tribunales es preciso penetrar en su recinto con espíritu puro; también en este caso advierte el padre Cristóforo: *omnia munda mundis*.



Estás defendiendo un pleito importante, uno de aquellos pleitos, no raros en lo civil, en el que de su resolución depende la vida de un hombre, la felicidad de una familia. Estás convencido de que tu cliente tiene razón: no sólo según las leyes, sino también según la conciencia moral, que tiene más valor que las leyes. Sabes que deberías vencer si en el mundo existiese justicia...; pero estás lleno de temores y de sospechas: tu adversario es más sabio, más elocuente, tiene más autoridad que tú. Sus escritos están redactados con un arte refinado que tú no posees. Sabes que es amigo personal del presidente, que los magistrados lo consideran un maestro; sabes que el contrario alardea de influencias irresistibles. Además el día de la vista, tienes la absoluta sensación de haber hablado mal, de haber olvidado los mejores argumentos, de haber aburrido a la Sala, que, por el contrario, escuchaba sonriente la brillante oración de tu contrario. Estás abatido y desalentado; presientes una derrota inevitable; te repites, con amargor de boca, que no debe esperarse nada de los jueces... Y, por el contrario, cuando conoces la sentencia recibes la inesperada noticia de que la victoria es tuya; a pesar de tu inferioridad, de la elocuencia del adversario, de la temida amistad y de las alardeadas protecciones. Estos son los días de fiesta del abogado: cuando se da cuenta de que, contra todos los medios del arte y de la intriga, vale más, modesta y oscuramente, tener razón.



No tema el abogado modesto, acaso principiante, encontrarse frente a frente como adversario con uno de esos profesionales, que por su doctrina, por su elocuencia, por su autoridad de hombres públicos, o también por el aire que se dan, se suelen llamar “príncipes del foro”. El abogado modesto, siempre que esté convencido de la justicia de su causa y sepa con sencillez y claridad exponer sus razones, se dará cuenta casi siempre de que los jueces, cuando más evidente es la desproporción de fuerzas entre los contradictores, tanto más están dispuestos, aun dedicando su admiración al de más mérito, a proteger al menos dotado.



Frecuentemente los jueces, por la tendencia que todos sentimos a proteger al débil contra el fuerte, llegan, sin darse cuenta, a favorecer a la parte que está peor defendida: una defensa inexperta puede hacer a veces, si encuentra un juez de corazón generoso, la fortuna de su cliente.



Si tienes por adversario uno de esos abogados que son considerados como maestros en astucia, guárdate de intentar competir con él en ingeniosos ardis; mejor que disimular la propia inferioridad en este género de procedimientos, es ostentarla francamente y limitarse a hacer comprender al juez que contra las argucias del adversario tú no sabes blandir más arma que la confianza en la justicia. He ganado casi siempre los pleitos en que tenía como adversarios abogados más astutos que yo; pero si no los he ganado, he quedado satisfecho de no encontrarme en el lugar del vencedor.



Observa con crudeza Guicciardini en sus Recuerdos que las sentencias de nuestros Tribunales, con todas las cautelas procesales que los juristas han buscado para haberlas menos falaces, consiguen ser justas en el cincuenta por ciento de los casos, lo mismo que las de los jueces turcos que se han hecho proverbiales por dictarse a ciegas; y parece que con esto quiere dar a entender que todos los cuidados puestos por los pueblos civilizados para perfeccionar el ritualismo judicial, se los lleva el viento, y que mejor sería, en lugar de ilusionarse con la esperanza de que nuestra pobre lógica de criaturas imperfectas consiga jamás encontrar la justicia, seguir el ejemplo del buen juez de Rabelais, que para ser imparcial, decidía los pleitos con los dados. Claro es que Guicciardini con esta desconsoladora convicción prueba que no había nacido para la abogacía, que no ama los corazones fríos: e hizo bien cambiar de profesión en la juventud. Pero quien tenga verdadera vocación para el patrocinio os dirá que si todos los costosos cuidados que la civilización moderna dedica a perfeccionar las instituciones judiciales sirvieran para aumentar aunque sólo fuera en un solo caso el tanto por ciento de las sentencias justas, estos cuidados estarían bien empleados; y aunque todo el trabajo nuestro de abogados y jueces para sacar de la oscuridad la luz de lo justo, fuese ilusorio también, en tal caso, esta fatiga prodigada, sin fruto apreciable, hacia la justicia, sería siempre una santa prodigalidad y acaso la más alta expresión del espíritu mediante el cual el hombre se diferencia de las bestias. El esfuerzo desesperado de quien busca la justicia no es nunca infructuoso aunque su sed no se satisfaga: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia.*



Todo abogado vive en su patrocinio ciertos momentos durante los cuales, olvidando las sutilezas de los Códigos, los artificios de la elocuencia, la sagacidad del debate, no siente ya la toga que lleva puesta ni ve que los jueces están envueltos en sus pliegues; y se dirige a ellos mirándoles de igual a igual, con las palabras sencillas con que la conciencia del hombre se dirige fraternalmente a la conciencia de su semejante para convencerlo de la verdad. En estos momentos la palabra “justicia” vuelve a ser fresca y nueva como si se pronunciase entonces por primera vez; y quien la pronuncia siente en la voz un temblor discreto y suplicante como el que se siente en las palabras del creyente que reza. Bastan estos momentos de humilde y solemne sinceridad humana para limpiar a la abogacía de todas sus miserias.



El aforismo tan estimado por los viejos doctores según el cual *res iudicata facit de albo nigrum et de quadrato rotundum* hace hoy sonreír; sin embargo, pensándolo bien, debería hacer temblar. El juez tiene efectivamente, como el mago de la fábula, el sobrehumano poder de producir en el mundo del derecho las más monstruosas metamorfosis, y de dar a las sombras apariencias eternas de verdades; y porque, dentro de su mundo, sentencia y verdad deben en definitiva coincidir, puede, si la sentencia no se adapta a la verdad, reducir la verdad a la medida de su sentencia. Sócrates en la prisión explica serenamente a los discípulos, con una elocuencia que jamás un jurista ha sabido igualar, cuál es la suprema razón que impone, hasta el último sacrificio, obedecer la sentencia aunque sea injusta: al adquirir fuerza de cosa juzgada la sentencia es necesario que se separe de sus fundamentos, como la mariposa que sale del capullo, y resulta desde aquel momento inaccesible para ser calificada de justa o injusta, puesto que está destinada a constituir desde entonces en adelante el único e inmutable término de comparación a que los hombres deberán referirse para saber cuál era, en aquel caso, la palabra oficial de la justicia. Por ello el Estado siente como esencial el problema de la selección de los jueces; porque sabe que les confía un poder mortífero que, mal empleado, puede convertir en justa la injusticia, obligar a la majestad de las leyes a hacerse paladín de la sinrazón e imprimir indeleblemente sobre la cándida inocencia el estigma sangriento que la confundirá para siempre con el delito.

El derecho, mientras nadie lo turba y lo contrasta, se hace invisible e impalpable como el aire que respiramos; inadvertido como la salud, cuyo valor sólo se conoce cuando nos damos cuenta de haberla perdido. Pero cuando el derecho es amenazado o violado, descendiendo entonces del mundo astral en que reposaba en forma de hipótesis, al de los sentidos, se encarna en el juez y se convierte en expresión concreta de voluntad operante a través de su palabra. El juez es el derecho hecho hombre; sólo de este hombre puedo esperar en la vida práctica la tutela que en abstracto la ley me promete; sólo si este hombre sabe pronunciar a mi favor la palabra de la justicia, comprenderé que el derecho no es una sombra vana. Por esto se sitúa en la *iustitia* no simplemente en el ius el verdadero *fundamentum regnorum*; porque si el juez no está despierto, la voz del derecho queda desvaída y lejana como las inaccesibles voces de los sueños. No está a mi alcance encontrar en la calle que recorro, hombre tras hombre ni en la realidad social, el derecho abstracto que vive únicamente en las regiones sidéreas de la cuarta dimensión; mas fácilmente puedo encontrarte a ti, juez, testimonio corpóreo de la ley, de quien depende la suerte de mis bienes terrenales. ¿Cómo no amarte sabiendo que la asistencia continua a todos mis actos, que el derecho me promete, puede actuarse en la realidad sólo a través de tu obra? Cuando te encuentro en mi camino y me inclino ante ti con reverencia, hay en mi saludo un dulzor de reconocimiento fraterno. Yo sé que de todo lo que me es íntimamente más querido tú eres custodio y fiador; en ti saludo la paz de mi hogar, mi honor y mi libertad.

A mi padre, abogado, escuché, en los últimos días de su vida, estas palabras tranquilizadoras: — Las sentencias de los jueces son siempre justas. En cincuenta y dos años de ejercicio profesional, ni una vez he debido lamentarme de la justicia. Cuando he ganado un asunto ha sido porque mi cliente tenía razón; cuando lo he perdido ha sido porque tenía razón mi adversario. —¿Ingenuidad? Acaso; pero sólo con esta santa ingenuidad, la abogacía puede elevarse del juego de la astucia, engendradora de odios, hasta la fe operadora de la paz humana.



II
DE LA URBANIDAD
(O BIEN DE LA DISCRECIÓN)
DE LOS JUECES



Mientras el proceso se concebía como un duelo entre los litigantes, en el cual el magistrado, a semejante de árbitro en campo de gimnasia, se limitaba a anotar los puntos y a controlar la observancia de las reglas del juego, parecía natural que la abogacía se redujera a un certamen de acrobacias y que el valor de los defensores se juzgara con criterio, por así decirlo, deportivo. Una frase ingeniosa, que no hiciese avanzar un paso a la verdad, pero que pusiera de manifiesto cualquier defecto del defensor contrario, producía el entusiasmo del público, como hoy, en el estadio, el golpe maestro de un futbolista. Y cuando el abogado se levantaba para informar, dirigíase al público, con el mismo gesto del púgil que al subir al *ring* muestra la turgencia de sus bíceps. Pero hoy, cuando todos saben que en cada proceso, aun en los civiles, se ventila, no un juego atlético, sino la más celosa y alta función del Estado, no se viene a las Salas de justicia para apreciar escaramuzas. Los abogados no son ni artistas de circo ni conferenciantes de salón: la justicia es una cosa seria.

Yo me pregunto — me decía confidencialmente un juez — si en la tan extraña compostura de ciertos abogados en audiencia pública no se encontrará la misteriosa intervención de un *medium*. Los aludidos, cuando no visten la toga, son verdaderamente personas correctas y discretas que conocen perfectamente y practican todas las reglas de la buena educación. Detenerse con ellos en la calle a hablar del tiempo que hace, es un delicioso placer; saben que no está bien levantar la voz en la conversación, se abstienen de emplear palabras enfáticas para expresar cosas sencillas, guárdanse de interrumpir la frase del interlocutor y de infligir el tormento de largos períodos; y cuando entran en una tienda a comprar una corbata o se sientan a charlar en un salón, no se ponen a dar puñetazos sobre el mostrador ni a señalar con el índice dirigiendo la mirada contra la señora de la casa que sirve el té. Y sin embargo, estas personas bien criadas, cuando informan, olvidan la urbanidad y el buen gusto. Con los cabellos desordenados y el rostro congestionado emiten una voz alterada y gutural que parece amplificada por las arcanas concavidades de otro mundo; emplean gestos y vocabulario que no son suyos, y hasta cambian (también he podido observarlo) la pronunciación habitual de ciertas consonantes. ¿Es preciso, pues, creer que caen, como suele decirse, *in trance* y que a través de su persona inerte habla el espíritu de algún charlatán de plaza huido del infierno? Así debe ser; no se comprendería de otra manera cómo pueden suponer que, para hacerse tomar en serio por el Tribunal, haya que gritar, gesticular y desorbitar los ojos en la Audiencia de tal modo que si lo hicieran en su casa,

mientras están sentados a la mesa con la familia, entre sus inocentes hijitos, se desencadenaría una clamorosa tempestad de carcajadas.



Sería útil que, entre las varias prueban que los candidatos a la abogacía hubiesen de superar con el fin de ser habilitados para el ejercicio de la profesión, se comprendiese también una prueba de resistencia nerviosa como la que se exige a los aviadores aspirantes. No puede ser un buen abogado quien está siempre dispuesto a perder la cabeza por una palabra mal entendida, o que ante la villanía del adversario, sepa reaccionar solamente recurriendo al tradicional gesto de los abogados de la vieja escuela de agarrar el tinte-ro para tirarlo. La noble pasión del abogado debe ser siempre consciente y razonable; tener tan dominados los nervios, que sepa responder a la ofensa con una sonrisa amable y dar las gracias con una correcta inclinación al presidente autoritario que le priva del uso de la palabra. Observo siempre que la vociferación no es indicio de energía y que la repentina violencia no es indicio de verdadero valor; perder la cabeza durante el debate, representa casi siempre hacer perder la causa al cliente.

El abogado que creyera asustar a los jueces a fuerza de gritos, me recordaría al campesino que, cuando perdía alguna cosa, en lugar de recitar plegarias a San Antonio, abogado de las cosas perdidas, comenzaba a lanzar contra él una serie de blasfemias, y después quería justificar su impío proceder diciendo: — A los santos, para hacerlos atender, no es necesario rogarles, sino meterles miedo.



El aforismo *jura novit curia* no es solamente una regla de derecho procesal, la cual significa que el juez debe hallar de oficio la norma que corresponde al hecho, sin esperar que las partes se la indiquen, sino que es también una regla de corrección forense, que indica al abogado, si siente interés por la causa que defiende, que le conviene no darse tono de enseñar a los jueces el derecho; al contrario, la buena educación impone que se les considere como maestros. Será gran jurista, pero verdaderamente pésimo psicólogo (y, por consiguiente, mediocre abogado), quien hablando a los jueces como si estuviese en cátedra, los enojara con la ostentación de su sabiduría y los fatigara con des-

usadas y abstrusas exposiciones doctrinales. Me viene a la memoria aquel viejo profesor de medicina legal, que dándose cuenta de que un examinando se había preparado utilizando, en lugar de sus apuntes, amarillentos por cincuenta años de uso, un difícil texto moderno, le dijo, interrumpiéndolo con aire sospechoso: —Joven, me parece que tú quieres saber más que yo —; y le suspendió.



Yo tengo confianza en los abogados — me decía un juez —, porque abiertamente se presentan como defensores de una de las partes y confiesan así los límites de su credibilidad; pero desconfío de ciertos jurisconsultos de la cátedra que, sin firmar los escritos y asumir abiertamente la función de defensor, colocan dentro de la carpeta de la causa, dirigidos a nosotros los jueces, como si fuésemos sus alumnos, ciertos dictámenes que titulan “por la verdad”, casi queriendo hacer creer que en estas consultas solicitadas, ellos no estiman hacer obra de patrocinadores de una parte, sino de maestros desinteresados que no se cuidan de las cosas terrenas. Esta forma de proceder me parece indiscreta

por dos motivos: primero, porque si el *consilium sapientis* estaba en uso cuando los juzgadores eran analfabetos, ofrecer actualmente al magistrado que es abogado semejante lección a domicilio, no es hacerle un cumplido; segundo, porque no se alcanza a comprender cómo puede ocurrir que, en estos dictámenes, incluidos entre los escritos de una parte, la verdad, con V mayúscula, coincide siempre con los intereses de la parte que alega el dictamen. Esta era también la opinión de un ilustre jurisconsulto, añadió el juez, que de cuando en cuando aparecía erudito; y me recitó un pasaje de Scaccia que dice así: *Ego cuidam, contra cuius causam allegabatur consilium antiqui et valentie doctoris, dicebam: amice, si pars adversa, quae eo tempore litigabat, audivisset prius illum doctorem cum pecunia, tu nunc in causa tua haberes consilium illius pro te.*



El abogado que, defendiendo una causa, entra en abierta polémica con el juez, comete la misma imperdonable imprudencia que el alumno que durante el examen discute con el profesor.



Cuando el abogado, hablando ante el juez, tiene la impresión de que la opinión de éste sea contraria a la suya, no puede afrontarlo directamente como podría hacer con un contradictor situado en el mismo plano. El abogado se encuentra en la difícil situación de quien, para refutar a su interlocutor, debe primeramente ablandarle; de quien para hacerle comprender que no tiene razón debe comenzar por declarar que está perfectamente de acuerdo con él. De este inconveniente deriva, en la clásica oratoria forense, el frecuente recurso a la preterición, figura retórica de la hipocresía; la cual aflora por fin en ciertas frases de estilo, como en aquella tan torpe y de que tanto se ha abusado, con la que el abogado, cuando quiere recordar al juez alguna doctrina, dice muy suavemente quererla “recordar a sí mismo”. Típico es, como ejemplo de tal expediente, el exordio de aquel defensor que debiendo sostener una determinada tesis jurídica ante una Sala que había ya resuelto dos veces la misma cuestión contradiciéndose, comenzó su discurso así: — La cuestión que yo trato no admite más que dos soluciones. Esta Excelentísima Audiencia lo ha resuelto ya dos veces, la primera en un sentido, la segunda en sentido contrario... —Pausa; después, con una inclinación: — ... y siempre admirablemente! —





A mo a la toga, no por los adornos dorados que la embellecen ni por las largas mangas que dan solemnidad al ademán, sino por su uniformidad estilizada, que simbólicamente corrige todas las intemperancias personales y difumina las desigualdades individuales del hombre bajo la oscura divisa de la función. La toga, igual para todos, reduce a quien la viste a ser un defensor del derecho, “un abogado”, como quien se sienta en los sillones del Tribunal es “un juez”, sin adición de nombres o títulos. Es de pésimo gusto presentar en Sala bajo la toga al profesor Ticio o al Excmo. Sr. Cayo; como sería falta de corrección dirigirse en audiencia pública al Presidente o al Ministerio Fiscal, llamándole D. José o D. Cayetano. También la peluca de los abogados ingleses, que puede parecer un ridículo anacronismo, tiene el mismo objeto de afirmar el oficio sobre el hombre; hacer desaparecer al profesional, que puede también ser calvo y canoso, bajo la profesión, que tiene siempre la misma edad y la misma dignidad.



Óptimo es el abogado de quien el juez, terminada la discusión, no recuerda ni los gestos, ni la cara, ni el nombre; pero recuerda exactamente los argumentos que, salidos de aquella toga sin nombre, harán triunfar la causa del cliente.



La justicia no sabe qué hacer con aquellos abogados que acuden a los Tribunales, no para aclarar a los jueces las razones del cliente, sino para mostrarse y poner de manifiesto sus propias cualidades oratorias. El defensor debe tratar únicamente de proyectar sus dotes de claridad sobre los hechos y sobre los argumentos de la causa, y de mantener en la sombra la propia persona, a la manera de esos modernísimos mecanismos de iluminación, llamados difusores, que escondiendo la fuente luminosa, hacen aparecer las cosas como transparentes por su agradable fosforescencia interna. Al contrario de las lámparas de luz directa, prepotentes y descaradas: que deslumbran a quien las mira y alrededor, sobre los objetos, no se ve más que oscuridad.

El abogado que, durante la discusión, en lugar de hablar del pleito, habla de sí mismo, comete con los jueces que le escuchan una falta de respeto semejante a la que cometería si en lo más hermoso del discurso se quitase la toga para hacer notar a los jueces que le viste el mejor sastre de la ciudad.



El abogado debe saber sugerir al juez tan discretamente los argumentos para darle la razón, que le deje en la convicción de que los ha encontrado por sí mismo.





Sin probidad, no puede haber justicia; pero probidad quiere decir también puntualidad, que sería una probidad de orden inferior a utilizar en las prácticas secundarias de administración ordinaria. Esto puede referirse también al abogado cuya probidad se revela en forma modesta, pero continua, en la precisión con que ordena los traslados, en la compostura con que viste la toga, en la claridad de su escritura, en la parsimonia de su discurso, en la diligencia con que atiende a presentar los escritos en el plazo señalado. Y esto, sin ofensa de nadie, se dice también a los jueces, cuya probidad no consiste solamente en no dejarse corromper, sino también, por ejemplo, en no hacer esperar dos horas en el pasillo a los abogados y a las partes citadas para dar principio a una prueba testifical.



III
DE CIERTAS SEMEJANZAS Y DIFERENCIAS
ENTRE JUECES Y ABOGADOS



A*dvocati nascuntur, iudices fiunt*; no ya en el sentido de que se pueda ser buen abogado sin la preparación adecuada, sino en el de que aquellas virtudes combativas e impulsivas, que más se aprecian en la abogacía, son propias de la juventud apasionada y desbordante, mientras que solamente, con el correr de los años, maduran las cualidades de ponderación y de sabiduría que constituyen las mejores cualidades del juez. El juez es un abogado moderado y purificado por la edad; al cual los años han quitado las ilusiones, las exageraciones, las deformaciones, el énfasis y acaso también la impulsiva generosidad de la juventud: el juez es lo que resta cuando han desaparecido del abogado todas aquellas virtudes inferiores por las cuales el vulgo le admira. El abogado es la bullidora y generosa juventud del juez; el juez es la vejez reposada y ascética del abogado. El sistema inglés, en el cual los más altos magistrados son seleccionados entre los abogados antiguos, constituye la confirmación práctica de este tránsito psicológico.

El aforismo *nemo iudex sine actore* no expresa solamente un principio jurídico, sino que tiene también un amplio contenido psicológico, en cuanto explica que, no por censurable vagancia, sino por necesidad institucional de su función, el juez debe tener en el proceso una actitud estática, esperando sin impaciencia y sin curiosidad que otro le venga a buscar y le someta los problemas que ha de resolver. La inercia es para el juez garantía de equilibrio, esto es, de imparcialidad; actuar significaría tomar un partido. Corresponde al abogado, que no teme aparecer como parcial, ser el órgano propulsor del proceso: tomar todas las iniciativas, agitar todas las dudas, remover todas las rémoras; obrar, en suma, no sólo en sentido procesal, sino en sentido humano. Esta diferencia de funciones que aparece en el proceso entre juez y abogado, en el momento estático y en el momento dinámico de la justicia, se observa finalmente en los aspectos externos y en los gestos que se ven en audiencia: el juez, sentado, el abogado, en pie; el juez con la cabeza entre las manos, reconcentrado e inmóvil, el abogado, con los brazos extendidos y en actitud de hacer presa, agresivo e inquieto. La recta contraposición de los dos tipos aparece también en sus vicios, que reflejan deformadas sus respectivas virtudes: el abogado, a fuerza de accionar, puede parecer un loco que es necesario arrojar de la Sala como perturbador; el juez, a fuerza de concentrarse, puede resultar un durmiente.



Es posible que el oficio del abogado exija más ingenio y más fantasía que el del juez; hallar los argumentos, que es trabajo del abogado, es, técnicamente, más arduo que escoger entre los ya expuestos por los defensores. ¡Pero qué angustia, qué responsabilidad moral en esta selección! El abogado, cuando ha aceptado la defensa de una causa, tiene su camino trazado; puede estar sereno como el soldado en la trinchera, al cual la tronera indica hacia qué parte debe disparar. Pero el juez, antes de decidirse, tiene necesidad de una fuerza de carácter que puede faltar al abogado; debe tener el valor de ejercitar la función de juzgar, que es casi divina, aunque sienta dentro de sí todas las debilidades y acaso todas las bajezas del hombre; debe tener el dominio de reducir a silencio una voz inquieta que le pregunta lo que habría hecho su fragilidad humana si se hubiese encontrado en las mismas condiciones del justiciable; debe estar tan seguro de su deber, que olvide, cada vez que pronuncia una sentencia, la amonestación eterna que le viene de la Montaña: *No juzgar*.



A mo al juez porque me siento hecho de su misma carne; lo respeto porque siento que vale, al menos potencialmente, el doble que yo, abogado. Si la embriología pudiera extender sus estudios al campo psicológico, descubriría que el alma del juez está compuesta de la de dos abogados en embrión, apretados el uno contra el otro, cara a cara, como los dos gemelos bíblicos dispuestos a combatir ya en el claustro materno. La imparcialidad, virtud suprema del juez, es la resultante psicológica de dos parcialidades que se acometen. No se asombren los defensores si el juez, aun el más concienzudo, no parece escuchar con mucha atención sus oraciones forenses; eso ocurre porque él, antes de pronunciar su sentencia, deberá escuchar largamente la apretada disputa de los dos contradictores que se agitan en el fondo de su conciencia.



Oí a un abogado español, que asistió a un juicio penal en Italia, asombrarse porque en nuestras Salas el lugar de los abogados está colocado más bajo que el correspondiente a los jueces, mientras en España se colocan, por tradición, a la misma altura, casi simbolizando que los dos oficios tienen igual dignidad. Alguien le hizo observar que acaso esta diferencia de situación podría depender de un diverso concepto de la abogacía; la igualdad de nivel correspondería a una concepción liberal e individualista de la defensa, en tanto que la diversidad de nivel, que indica sometimiento del abogado al magistrado, sería la expresión de la justicia de un régimen autoritario. Creo que la verdad es lo contrario. En realidad, mientras en una concepción liberal de la justicia se puede pensar que el abogado, como representante de los intereses individuales, está por debajo del juez, que representa al Estado, en un régimen autoritario el abogado resulta siempre un instrumento de intereses públicos, puesto, como el juez, al servicio del Estado y gozando como él la dignidad que deriva de ser un órgano necesario de la justicia. En un régimen en que, como en Italia, el abogado se considera investido de funciones públicas, abogados y jueces están colocados moralmente, si no materialmente, a la misma altura. El juez que no guarda respeto al abogado, como el abogado que no se lo guarda al juez, ignoran que abogacía y magistratura obedecen a la ley de vasos comunicantes; no se puede rebajar el nivel de la una sin que el nivel de la otra descienda al mismo grado.



Los defectos de los abogados repercuten sobre los jueces, y viceversa. El abogado oscuro, prolijo, caviloso, induce al juez a la desatención y al aislamiento mental; insensiblemente el juez, extendiendo a todos los abogados la desconfianza originada por los defectos de uno, se habitúa a descuidar, si no por completo a despreciar, a los defensores y a considerarlos como males necesarios del proceso, que es preciso tomar con pasiva resignación, llevada hasta el sopor. Así el juez, por culpa de un mal abogado, renuncia a valerse del precioso auxilio que diez buenos abogados le darían gustosamente. Pero, a su vez, el juez desatento y holgazán induce al abogado a la superficialidad y a veces también a la corruptela procesal. ¡Cuántas excepciones de incompetencia, cuántas peticiones de pruebas testificales innecesarias los abogados estarían dispuestos a renunciar si la experiencia no les hubiese demostrado que, con tal de no estudiar profundamente el mérito de la causa, ciertos jueces están dispuestos a acoger a ojos cerrados toda excepción procesal o a poner buena cara al medio de prueba que, para ser admitido, exige solamente la levísima fatiga de una providencia de dos líneas! También los jueces, que son hombres, tienden a seguir en su labor la *via minoris resistentiae*; y el abogado experto, para cultivar esta aletargadora tendencia a la inercia mental, acostumbra a sembrar sus defensas de atajos laterales que induzcan al juez a no seguir el camino principal. Las “excepciones procesales”, en vez de un maligno hallazgo para hacer más ardua y fatigosa la obra del juez, son muy a menudo un respetuoso homenaje que ellos dedican a la salud del juez, ayudándole a fatigarse menos.

Temo al juez demasiado seguro de sí mismo, que llega en seguida a la conclusión y que comprende inmediatamente sin perplejidad y sin arrepentirse. Para decirlo en términos militares, me parece bien que el abogado esté en el proceso, por su prontitud y por su espíritu batallador, como un *bersagliere*; pero, en cuanto al juez, me parece preferible que, por su reposada y densa solidez de razonamiento, se comporte en toda ocasión como un *alpino*.



Vi en cierta ocasión en el campo un muchacho que había arrancado las larguísimas antenas a uno de esos coleópteros que los entomólogos llaman cerambícidos o longicornios, y después lo había colocado sobre el borde del camino, para observar, con esa despiadada curiosidad que tienen los chiquillos, cómo el insecto así mutilado se las arreglaba. Privado de sus órganos de exploración y orientación, el coleóptero movíase desesperadamente con sus patas, tambaleándose y girando alrededor de sí mismo; y entretanto iba a chocar contra una hierba, y bastaba aquel leve choque de una pajita para hacerlo caer. Este cuadro me viene a la memoria cuando pienso cómo quedaría el proceso si, como algunos desean, fueran abolidos los abogados, estas sensibilísimas antenas de la justicia.



En el juez no cuenta la inteligencia; le basta poseer la normal para poder llegar a comprender, como encarnación del hombre medio, *quod omnes intelligunt*; importa, sobre todo, la superioridad moral, la cual debe ser tan elevada en el juez que alcance a perdonar al abogado ser más inteligente que él.



El abogado que se queja de no ser comprendido por el juez censura, no al juez, sino a sí mismo. El juez no tiene el deber de comprender; es el abogado quien tiene el deber de hacerse comprender. De los dos, el que está sentado, esperando, es el juez; quien está en pie, y debe moverse y aproximarse, aun espiritualmente, es el abogado.



Entre los oficios judiciales, el más arduo me parece el del acusador público; el cual, como mantenedor de la acusación, debería ser parcial como un abogado, y como guardador de la ley, deberá ser imparcial como un juez. Abogado sin pasión, juez sin imparcialidad; éste es el absurdo psicológico en el cual el público ministerio, si no tiene un exquisito sentido de equilibrio, está expuesto en todo momento a perder, por amor a la serenidad, la generosa combatividad del defensor, o por amor a la polémica, la desapasionada objetividad del magistrado.

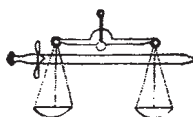


IV
DE LA LLAMADA ORATORIA FORENSE



Tomad dos o más personas medianamente cultas y razonables, que quieran hablar entre sí para ponerse de acuerdo sobre cualquier cuestión técnica o para persuadir a un tercero que los escuche: hombres de negocios que gestionan un contrato, médicos llamados a consulta, generales que combinan un plan de ataque. Su modo de razonar será en la forma el mismo: un diálogo cortado, formado de frases en el que cada uno tratará de expresar lo esencial con palabras sencillas, las objeciones serán expuestas e impugnadas una tras otra para llegar al punto central en que discuten, los períodos quedarán a medias cuando quien los pronuncia se da cuenta de que el interlocutor ha comprendido el resto por sí, y el gesto, la mirada, el tono, bastarán, mejor que las frases floreadas, para establecer el contacto y el acuerdo. Así hablan los hombres que quieren hacerse entender y persuadir. En cambio los abogados, estos profesionales de la persuasión, emplean a menudo un modo de expresarse que es todo lo contrario; el diálogo vivo y cortado es sustituido por el monólogo cerrado; el estímulo vivificante de las objeciones es suprimido o diferido; es insuperable aquel que consigue, sin perder el aliento, pronunciar largos períodos, aunque desde la primera palabra todos hayan comprendido dónde quiere ir a parar. Se insiste largamente sobre aquello en que todos están de acuerdo; se llenan los vacíos del pensamiento con

ornamentos retóricos inútiles o falaces. La interrupción es una ofensa; cada uno habla para sí, fijando su esquema mental, como un equilibrista que no levanta la mirada de la silla que le oscila sobre la punta de la nariz. Este modo de razonar, que es la negación del que emplean para hablar entre sí las personas razonables, es llamado por algunos “oratoria forense”.



Para extirpar de los hábitos forenses esta tendencia al *bel canto* que ha desacreditado entre los jueces la oralidad, sería preciso que las Salas de justicia no fuesen demasiado vastas y que el lugar de los abogados estuviese muy próximo al de los magistrados, de modo que el defensor pudiese, mientras habla, leer en los ojos de sus oyentes togados, la hilaridad o el disgusto que suscitan en ellos algunos de sus artificios retóricos. Las grandes salas, en las que falta todo sentimiento de recogida intimidad, llevan naturalmente al orador a forzar el tono, como la soledad invita a cantar. ¿Cómo no sentirse obligado a levantar la voz y a ampliar los gestos en la gran Sala de las Secciones Unidas de la Corte Suprema, en la que el abogado

se siente minúsculo y perdido en la extensión de las columnatas y ve los jueces lejanísimos, allá arriba, en el alto estrado, como ídolos inmóviles en el fondo de un templo, mirados a través de un anteojo invertido? Aquella sala con su ornada solemnidad es una instigación a la oratoria altisonante. Verdad es que, como correctivo, el arquitecto ha hecho correr sobre lo alto de las paredes, escrita en oro entre hojas y festones, una máxima de cuatro palabras, una por cada parte: *Veritas nimium altercando amittitur*. Sobre la pared de cara al orador descuella en lo alto, por encima de las cabezas del lejano colegio juzgador, aquel *nimium*, áureo como el silencio; y el orador que en medio de un vuelo de elocuencia posa allí la mirada, inmediatamente comprende el latín, y rápidamente concluye.



Abogado novel, que sueñas con poder un día, cuando seas una primera figura de la abogacía, dar rienda suelta a los torrentes de tu elocuencia ante la Corte Suprema, te aconsejo que tomes en seguida el tren de Roma y asistas, entre el escaso público, a una vista ante una sección de lo civil de la Corte de Casación; te darás cuenta de la diferencia entre el sueño y la realidad (y más todavía lo notarías si en lugar de

entrar en una sala de lo civil, entraras al lado, en la de una sección de lo penal). Si tienes la paciencia de resistir toda la sesión, que puede durar tres o cuatro horas, asistirás, supongamos, a ocho recursos; menos de media hora por recurso. En cada uno de ellos, después de una breve lectura del magistrado relator, oirás hablar al abogado del recurrente, después al del recurrido y finalmente al Ministerio Fiscal. Ocho o diez minutos por cada informe, apenas los suficientes, según las reglas de la elocuencia clásica, para comenzar el exordio. Y si un abogado se extiende más de diez minutos, oirá al presidente censurarle por su prolijidad. Saldrás de la Sala lleno de melancolía, pero también lleno de admiración por dos especies de heroísmo: el de los defensores que consiguen decir en ocho minutos clara y correctamente, sin balbucear por la prisa y sin asustarse de ansiedad por el tiempo que vuela, todo lo que deben decir; y el de los jueces que toda una tarde soportan impasibles (y así años) el tremendo destino de escuchar veinticuatro informes en tres horas.



Los jueces y los abogados opinan, de acuerdo, que debe retocarse la clásica definición del defensor *vir bonus dicendi peritus*. Opina el abogado. — La probidad es verdaderamente la primera virtud del defensor, en el sentido de que no debe nunca afirmar ante el juez, a sabiendas, nada contrario a la verdad. Pero

como el defensor tiene la obligación de guardar secreto, y no puede, para no traicionar la verdad, traicionar la defensa, debe saber callar a tiempo y encontrar en el silencio la conciliación entre el deber de lealtad hacia el juez y el deber de patrocinio del cliente. Dice el juez. — El defensor probo es verdaderamente un precioso colaborador de la justicia; pero como, cuando un abogado habla, tengo el deber de desconfiar de él y de creer que quiere engañarme en beneficio de su cliente, su probidad, en relación a mí, se demuestra, sobre todo, callando. La prueba más grata de lealtad que un abogado puede dar al juez, para evitarle sospechas, inquietudes y pérdida de tiempo, es el silencio. En saber callar se acredita su sabiduría y su discreción. Así, pues, el abogado llega de acuerdo, aunque por diferente camino, a dar del perfecto defensor esta definición corregida y que entraña una nueva visión: *vir bonus tacendi peritus.*



No creo que en nuestras Facultades de Derecho haya necesidad de instruir a los jóvenes en la elocuencia forense, como en las antiguas escuelas de retórica. Los estudios jurídicos deben servir para estimular el pensamiento; cuando éste sea ágil y rápido, el lenguaje brota por sí mismo. Pero si hubiera de instituirse una escuela de oratoria forense, la haría funcionar de la siguiente manera: daría al alumno para

que estudiase en una mañana los autos de una complicada y difícil controversia civil, de la cual debería darme cuenta oralmente, de modo claro y completo, en el inexorable término de una hora. Al día siguiente, sobre el mismo argumento, tendría que hablar media hora; al tercer día, el tiempo que se le concedería para repetir el informe habría que reducirlo a un solo cuarto de hora. A esta última prueba, que sería la decisiva, debería asistir un auditorio de estudiantes absolutamente desconocedores del caso. Si el relator conseguía tratar, en este informe concentrado, todos los puntos esenciales del pleito, de modo tan claro y ordenado que el auditorio lo pudiera seguir y entender, acreditaría con ello haber aprendido el género de elocuencia necesario para ser un buen abogado de casación.



El informe de defensa, para ser verdaderamente útil, debería ser, no un monólogo perfilado, sino un diálogo vivo con el juez, que es el verdadero interlocutor; y se debería responder con los ojos, con los gestos y con las interrupciones. El abogado debe estimar las interrupciones del juez, porque le acreditan que éste no permanece inerte y extraño a su discurso. Interrumpir

quiere decir reaccionar; y la reacción es el mejor reconocimiento de la acción estimulante. El proceso se aproximará a la perfección cuando haga posible, entre jueces y abogados, el cambio de preguntas y respuestas que se desarrollan normalmente entre personas que se respetan, cuando, sentadas a una mesa, tratan, en interés de todos, de aclararse recíprocamente las ideas. Desmenuzando la oración en un diálogo, la oratoria forense se perderá, pero ganará la justicia.



El informe de los abogados se considera por muchos jueces como un período de descanso mental; el juez vuelve a estar espiritualmente presente en la Sala cuando el abogado se calla.





Quien entrase en una Sala de justicia ignorando lo que es un juicio, mientras los abogados informan, se preguntaría, naturalmente, al cabo de unos momentos, quién era el auditorio obsequiado con aquella elocuencia. Y jamás se le ocurriría que lo forman aquellos señores aburridos y distraídos que se sientan allá arriba en los sillones de los magistrados. El profano que observe por primera vez esta escena, tendrá la impresión de que el orador afanoso, que gesticula envuelto en la toga, habla solamente por pasatiempo y desahogo, como se canta o se hace gimnasia en casa; y que todas las personas que toman parte en el juicio, están allí no para escucharlo, sino para dejar que se desahogue, esperando pacientemente que haya terminado su ejercicio, después del cual cada uno podrá empezar a trabajar en serio. El informe, más bien que parte integrante del proceso, ha llegado a ser una especie de paréntesis, de divagación, introducido en medio del proceso; como en ciertos antiguos espectáculos teatrales en los cuales, para que los actores descansasen, se colocaba entre un acto y otro un intermedio de baile, durante el cual los espectadores podían tranquilamente dormir sin miedo a perder el hilo de la comedia.





Opinión de un juez sobre la elocuencia forense. —
La forma de elocuencia en que mejor se funden las dos cualidades más apreciables del orador, la brevedad y la claridad, es el silencio.



El abogado que habla tiene la sensación casi acústica de los momentos en que su palabra llega a convencer al juez, y de aquellos en que lo deja en duda y hasta le molesta. Es como un fenómeno de resonancia: a veces se siente que los argumentos que salen de la boca del abogado están al unísono con la disposición del juez y le hacen vibrar; otras, su voz resuena falsa y sin eco, como aislada en el vacío. Y cuando más fuerza el abogado el tono, tratando de superar lo molesto de este aislamiento, tanto más se le hace imposible ponerse a tono con quien lo escucha.



No olvidéis que brevedad y claridad son las dos condiciones que el juez más aprecia en el discurso del abogado. ¿Y si no consigo ser al mismo tiempo breve y claro, cuál de las dos condiciones, con objeto de molestar menos al juez, debo sacrificar? Inútil la claridad si el juez, vencido por la prolijidad, se duerme; decídetes, más bien, por la brevedad, aunque sea oscura; cuando un abogado habla poco, el juez, aunque no comprenda lo que dice, comprende que tiene razón.



No me enternecen las lágrimas de los que deploran que, con las normas actualmente establecidas en el proceso penal para limitar la duración de los informes, haya sido condenada a muerte la “bella” oratoria. Antes bien, me rebelo a admitir el valor de los informes de los abogados bajo el aspecto puramente estético; cuando oigo hablar de una hermosa defensa, de una defensa brillante, tengo la impresión de que estos calificativos, que serían una alabanza agradable para un conferenciante de salón, son irreverentes y frívolos cuando se pretende aplicarlos al duro y austero oficio del abogado. Pero aun desde el punto de vista de quien pretenda considerar la oratoria forense solamente bajo el aspecto artístico, todos saben que no se ha visto ja-

más un espectáculo estéticamente más repugnante y humillante que el que ofrecían, en los juicios criminales de hace algunos decenios, los defensores de gran facundia, los cuales, después de haber hablado durante tres o cuatro sesiones seguidas, no conseguían encontrar el modo de acabar y finalmente producían la penosa impresión de haber quedado aprisionados, sin facultad para poder detener al molino de viento de la propia elocuencia. El arte es medida y disciplina; y si todavía hay quien en las defensas de los abogados busca el placer artístico, agradezca al legislador que, limitando la duración de los discursos, ha querido aconsejar, aun en el campo de la oratoria, un saludable retorno de las palabras en libertad al llamado “freno del arte”.



Aquel día en la Audiencia estuve elocuentísimo; me di cuenta de la satisfacción afectuosa que se dibujó en las caras de los magistrados cuando, al final de mi discurso, me senté. Casi me parece que fué tanta la simpatía con que me saludaban, que por un milagro de amor, sus brazos envueltos en las mangas de la toga se alargaron algunos metros, para llegar desde sus sillones hasta mí y acariciarme. Esto ocurrió, si no recuerdo mal, aquel día en que me levanté para decir: — Renuncio a la palabra.



También la oratoria forense tiende, como la arquitectura, a ser “racional”: líneas rectas, paredes lisas, supresión de inútiles adornos, franca ostentación, en lugar de discreto disimulo de los elementos arquitectónicos que responden a necesidades estéticas. También el orador, en fin, como el arquitecto, debe pensar antes de nada en la solidez de la construcción; tanto mejor después, si de esa solidez surge, sin buscarla, la belleza monumental. Pero esto de despreciar los elementos ornamentales y dejar al descubierto los elementos maestros de la construcción, no me parece tarea exenta de riesgo. Tengo un gran miedo de que al

prescindir de los embellecimientos de ciertos discursos, como de ciertas fachadas, resulte que debajo, en lugar de robustas vigas, sólo haya frágil estuco.



En los procesos civiles de algunas regiones de Italia, la práctica ha creado (acaso contra ley) una forma de discusión oral de las causas que creo tiene todas las ventajas de la oralidad, sin tener los inconvenientes de la oratoria. En lugar de la solemne discusión en Audiencia pública ante la Sala desconocedora del asunto y que no presta atención, la discusión tiene lugar a puerta cerrada, algunas semanas después del señalamiento, cuando ya el ponente ha estudiado los autos y ha dado cuenta a la Sala. Este sistema tiene dos ventajas: primera, proporcionar al abogado oyentes que conocen la materia de que les habla y que, por lo tanto, están en condiciones de apreciar lo que les dice; segunda, establecer una forma de discusión familiar, dialogada, como puede darse entre personas que hablan en torno a una mesa, sin toga y sin solemnidad. A fin de que la oralidad, que quiere decir expresión pura y simple del propio pensamiento, recobre el puesto que le corresponde, es preciso arrojar del proceso la oratoria, entendida como arte retórica

de esconder el propio pensamiento bajo las palabras. Es preciso suprimir en el proceso los gestos, las actitudes estatutarias, las distancias. La oratoria es en gran parte cuestión de mímica; haced sentar a un orador e inmediatamente cambiará el registro de su música. No sé imaginarme a Cicerón declamando sus catilinarias correctamente sentado ante una mesa.



Por qué si un juez encuentra a un abogado en el tranvía o en el café y traba conversación con él, acaso sobre cuestiones relacionadas con un proceso en curso, está dispuesto a darle un mayor crédito que si le oyera decir las mismas cosas en Audiencia, actuando de defensor? ¿Por qué en la conversación de hombre a hombre hay más confianza y más aproximación espiritual que en el discurso que el abogado dirige al juez?. Abogado magnífico es el que consigue hablar en audiencia con la misma simplicidad y la misma pureza con que hablaría al juez que encontrase en la calle; aquel que, cuando viste la toga, consigue dar al juez la impresión de que puede fiarse de él como si estuviera fuera del Tribunal.



De un informe lleno de artificios retóricos, dijo cierto juez, después de haberle oído con delectación, pero con recelo: — Diré como de aquella rosa: es tan bella que parece artificial.



La burla más maligna que un juez puede hacer a un abogado, es dejarle hablar sin interrumpirle cuando se da cuenta de que dice cosas inútiles o perjudiciales a la defensa que sostiene.



Para el oído tan práctico del juez aparece como sintomático, más que lo que dice el abogado, el tono con que lo dice; ciertas frases de un informe, en las cuales se observa que la voz del abogado se esfuerza por no sonar a falsa, son como el tono sordo que, al auscultar, indica al juez el punto exacto en que se localiza la enfermedad.



El cliente que asiste a la vista de su pleito no sale satisfecho si su abogado no habla en último lugar; porque es opinión común que en los debates quien habla el ultimo tiene siempre razón. Pero el cliente no sabe que también entre los jueces se encuentran seres desconfiados e irritables en los cuales el escuchar los argumentos ajenos provoca la irreprimible necesidad de impugnarlos. Cuando se tropieza con tales naturalezas difíciles, es mejor que el último que provoque la reacción del juez sea el abogado contrario; de modo que el juez entre en audiencia privada excitado en contra de él por la ira polémica más reciente. En tales casos, el proverbio es cierto pero al revés: quien habla el último no tiene nunca razón.



Confidencia de un magistrado después de una vista: — ¿Quién ha dicho que en las causas civiles la discusión oral no sirve para nada? Antes de los informes de los abogados estaba en duda. Ha hablado el defensor del actor y he comprendido que el actor no tenía razón; pero después, por fortuna para el actor, ha hablado el defensor del demandado, y entonces me ha convencido de que el actor, verdaderamente, tenía razón. El cliente no sabe que en muchas ocasiones, después de una victoria, debería ir a abrazar conmovido, no a su abogado, sino al abogado contrario.

Me pregunto a veces, al ver cómo hablan o escriben ciertos abogados, si la función del defensor no será, más bien que poner en evidencia las razones de su cliente, la de evidenciar las sinrazones; así que el juez sagaz puede siempre, a golpe seguro, buscar las razones de una parte en los escritos del abogado contrario.



V.
DE CIERTA INMOVILIDAD DE LOS JUECES
EN AUDIENCIA PÚBLICA

Debe ser un gran tormento para los jueces el escuchar a un abogado que dice cosas inútiles o insensatas; para que acabe este tormento es necesario que el orador cese de hablar, lo que el juez enérgico consigue interrumpiéndole, o bien que el oyente cese de escuchar, lo que el juez pacífico consigue durmiéndose.



Creo que en muchas ocasiones el sueño de los jueces es premeditado; se duermen voluntariamente para no oír lo que dice el abogado y así poder todavía, según su conciencia, dar la razón a la parte que aquél defiende. El sueño es muchas veces un hábil expediente con que el juez defiende a la parte de los errores de su defensor.



Me gusta el juez que, mientras hablo, me mira a los ojos; me hace el honor de buscar así en mi mirada, más allá de las palabras que pueden ser solamente un hábil juego dialéctico, la luz de una conciencia convencida. Me gusta el juez que mientras hablo me interrumpe; yo hablo para serle útil, y cuando él, invitándome a callar, me advierte que la continuación de mi discurso le produciría tedio, reconoce que hasta aquel momento no lo he aburrido. Me gusta también (pero acaso un poco menos) el juez que, mientras hablo, se duerme; el sueño es el medio más discreto que el juez puede emplear para irse de puntillas, sin hacer ruido, dejándome, cuando el discurso no le interesa ya, discurrir a placer por mi cuenta.



Un juez me confiaba sus experiencias profesionales sobre el sueño provocado por la palabra de los oradores: — No es cierto que el sueño sea insidioso; antes bien, tiene por costumbre, con mucha lealtad, hacerse preceder de un discreto aviso. Quien escucha a un orador, se da muy bien cuenta de estar en los límites del sopor cuando, en un cierto momento, se atenúa hasta desvanecerse el significado de las palabras; y el timbre de la voz, aunque continúa llegando claramente, adquiere una difusa y misteriosa resonancia, como la modulación rítmica de una flauta encantadora de

serpientes. Esta purificación acústica de la palabra que de expresión del pensamiento se transforma y casi se disuelve en música, es, para el sagaz oyente, el seguro preanuncio de la magia del sueño que se le avecina. Pero los abogados incautos no se dan cuenta de que, con modular sus frases, con dar a sus períodos una sabia sonoridad cadenciosa, facilitan y apresuran esta fatal disociación entre el significado y el sonido de la voz. Basta que comience a hablar uno de esos oradores castizos, que saben con tanto arte dosificar las notas de sus discursos, para que inmediatamente el juez, olvidando el hilo del argumento, se abandone al encanto musical. El resto viene por sí sólo.



Existen in *rerum natura* ciertas voces insistentes, que a ciertas horas y en ciertos paisajes parecen ser con su obstinación rítmica, el símbolo acústico de la somnolencia: el canto monótono de las cigarras en el mediodía estival, el croar de las ranas en lontananza en el bochorno húmedo que precede al temporal, finalmente, el zumbido de las moscas en ciertas habitaciones de hotel de segundo orden. Así me hablaba, durante un intervalo de la vista, un juez que había salido para tomar el aire al corredor del Tribunal. Era una tórrida tarde de Julio; el ujier de la

Audiencia, sentado en un banco, se enjugaba el sudor con la capa negruzca. Y de la puerta entreabierta de la Sala de lo penal, llegaba a intervalos la enfática exasperación de un informe de defensa, semejante al gorgoteo nasal de un discurso en lengua desconocida transmitido despiadadamente por la radio.



Observad cuántas personas del público que asiste a un concierto tienen los ojos abiertos, y comprenderéis la exacta trascendencia de aquel cumplido que un juez dirigió, al final de la vista, a un abogado: — Su informe ha sido toda una música.



Dijo un juez, que tenía cierta fantasía, a un profesor de Procedimientos: Os pasáis la vida enseñando a los estudiantes lo que es el proceso; mejor sería, para obtener buenos abogados, enseñarles lo que el proceso no es. Por ejemplo: el proceso no es un escenario para histriones; no es un escaparate para exponer las mercancías; no es una academia de conferenciantes, ni un salón de desocupados que cambian conceptos ingeniosos, ni un círculo de jugadores de ajedrez, ni una sala de esgrima... ni un dormitorio... — continuó tímidamente el profesor.



VI
DE CIERTAS RELACIONES
ENTRE LOS ABOGADOS Y LA VERDAD,
O BIEN DE LA JUSTA PARCIALIDAD
DEL DEFENSOR



La lucha entre los abogados y la verdad es antigua, como la que existe entre el diablo y el agua bendita; y entre las bromas sobre la mentira profesional de los abogados, se oye razonar seriamente de esta manera: —En todo proceso hay dos abogados, uno que dice blanco y otro que dice negro; la verdad no la pueden decir los dos si sostienen tesis contrarias; por lo tanto, uno de los dos sostiene una falsedad. Esto autorizaría a creer que el cincuenta por ciento de los abogados son unos embusteros; pero como el mismo abogado que tiene razón en una causa no la tiene en otra, quiere decir que no hay uno que no esté dispuesto a sostener en un determinado momento causas perdidas, o sea que una vez unos y otra vez otros, todos son unos embusteros. Esta forma de razonar ignora que la verdad tiene tres dimensiones, y que puede presentarse como diferente a quienes la observen desde distintos puntos de vista. En el proceso, ambos abogados, aun sosteniendo opuestas tesis, pueden proceder, y casi siempre proceden, de buena fe; porque cada uno representa la verdad como la ve desde el ángulo visual de su cliente. En una galería de Londres hay un famoso cuadro del pintor Champaigne, en el que el cardenal Richelieu está retratado en tres diversas poses: en el centro del lienzo aparece de frente y a los dos lados está retratado de perfil en actitud de mirar la figura central. El modelo es uno solo, pero sobre el lienzo parece que

concurrentes tres personas distintas, tan diversa es la cortada expresión de las dos medias caras laterales y más aún el reposado carácter que en el retrato del centro se obtiene de la situación de los dos perfiles. Así ocurre en el proceso. Los abogados indagan la verdad de perfil, aguzando la mirada cada uno desde su lado: sólo el juez, que se sienta al centro, la mira tranquilamente de cara.



La balanza es el símbolo tradicional de la justicia, porque parece que representa materialmente con su mecanismo el juego de fuerzas psíquicas que hace funcionar el proceso, en el cual para que el juez, después de algunas oscilaciones, se detenga sobre la verdad, es necesario que intervenga la lucha de las dos contrapuestas tesis extremas, como los dos platos de la balanza, para poderse contrapesar, deben gravitar sobre la extremidad de cada brazo. Cuanto más las fuerzas contrapuestas se alejan del centro de la barra (o sea de la imparcialidad del juzgador), tanto más sensible resulta el aparato y más exacta la medida. Así los abogados, tirando cada uno todo lo que puede de su parte, crean el equilibrio en cuya busca va el juez; quien quisiera censurar su parcialidad, lo que debería condenar es el peso que actúa sobre el platillo de la balanza.



El abogado que pretendiese ejercitar su ministerio con imparcialidad, no sólo constituiría una embarazosa repetición del juez, sino que sería el peor enemigo de éste; porque no llenando su cometido, que es oponer a la parcialidad del contradictor la reacción equilibrante de una parcialidad en sentido inverso, favorecería, creyendo ayudar a la justicia, el triunfo de la injusticia contraria.



El abogado, como el artista, puede tener la virtud de descubrir y revelar los aspectos más escondidos y secretos de la verdad, hasta el punto de dar a los profanos, que no tienen la misma virtud, la impresión de que los hechos por él recogidos con amorosa fidelidad, son solamente una invención suya. Pero el abogado no altera la verdad si consigue presentar de ella los elementos más significativos que escapan al vulgo; y no es justo acusarle de traicionar aquélla cuando, por el contrario, consigue ser, como el artista, su más sensible intérprete.



Como la magnanimidad del historiador destaca las gestas heroicas de aquellos hechos que en el relato de un vulgar cronista aparecían como un sencillo episodio menospreciable, también en los procesos, y especialmente en los penales, los hechos se adaptan a la medida intelectual y moral del defensor. El público se imagina que ciertos abogados saben escoger para sus defensas solamente aquellos delitos que tienen en su origen cierta nobleza de impulsos, cierta grandeza de pasión; la verdad más bien es que estos abogados tienen el don de saber descubrir en todos los delitos, aun en los más abyectos, aquellos elementos de piedad humana que mejor se compaginan con su índole y que quedarían ocultos al público si ellos no fueran sus generosos descubridores.



Poned dos pintores ante el mismo paisaje, el uno al lado del otro, cada cual con su caballete; volved al cabo de una hora a mirar lo que cada uno ha trazado sobre el lienzo. Veréis dos paisajes tan absolutamente diversos que parecerá imposible que el modelo de ambos sea el mismo. ¿Diréis por eso que uno de los dos ha traicionado la verdad?



Para juzgar la utilidad procesal de los abogados es necesario no mirar al defensor aislado, cuya actividad unilateral y parcial, tomada en sí, puede parecer hecha exprofeso para desviar a los jueces de su camino, sino que se hace preciso considerar el funcionamiento en el proceso de dos defensores contrapuestos, cada uno de los cuales con su propia parcialidad, justifica y hace necesaria la parcialidad del contrario.



Imparcial debe ser el juez, que es uno, por encima de los contendientes; pero los abogados están hechos para ser parciales, no sólo porque la verdad se alcanza más fácilmente escalándola desde dos partes, sino porque la parcialidad del uno es el impulso que engendra el contraimpulso del adversario, el empuje que excita la reacción del contrario y que, a través de una serie de oscilaciones casi pendulares, de un extremo al otro, permite al juez hallar lo justo en el punto de equilibrio. Los abogados proporcionan al juez las sustancias elementales de cuya combinación nace en cierto momento, en el justo medio, la decisión imparcial, síntesis química de dos contrapuestas parcialidades. Deben ser considerados como “par” en el sentido que esta expresión tiene en mecánica: sistema de dos fuerzas equivalentes, las cuales, obrando sobre líneas paralelas en dirección opuesta, engendran el movimiento, que da vida al proceso, y encuentra reposo en la justicia.

La mejor prueba de la acción purificadora que sobre la conciencia del juez ejercita el debate de dos abogados contrapuestos, destinados a absorber del aire todas las intemperancias polémicas para dejar al juez aislado en una atmósfera de serenidad, está representada por la institución en el proceso penal del Ministerio público, mediante el cual, el Estado ha creado una especie de antagonista oficial del abogado defensor, cuya presencia evita que el juez entre en discusión con éste e inconscientemente se forme un estado de espíritu contrario al acusado. Así en el proceso penal, donde los intereses de parte se satisfarían con un solo abogado, el Estado ha sentido la necesidad, en interés público, de colocar dos, para contraponer a la natural parcialidad del defensor una especie de parcialidad artificial, destinada a alimentar desinteresadamente la polémica, de la cual tiene necesidad el juez para sentirse por encima de ella.



La defensa de cada abogado está construida por un sistema de llenos y vacíos: hechos puestos de relieve porque son favorables, y hechos dejados en la sombra porque son contrarios a la tesis defendida. Pero sobreponiendo los argumentos de los dos contradictores y haciéndolos adaptarse, se ve que a los vacíos de la una corresponde exactamente los llenos de la otra. El juez así, sirviéndose de una defensa para

colmar las lagunas de la contraria, llega fácilmente, como en ciertos juegos de paciencia, a ver ante sí el conjunto ordenado, pieza por pieza, en el tablero de la verdad.



El abogado actúa sobre la realidad como el historiador que recoge los hechos según el criterio de selección que se ha preestablecido y prescinde de aquellos que, a la luz de tal criterio, le parecen desprovistos de interés. También el abogado, como el historiador, traicionaría su oficio si alterase la verdad relatando hechos inventados; no lo traiciona mientras se limita a recoger y a coordinar, de la cruda realidad, sólo aquellos aspectos que favorecen su tesis

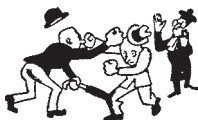


VII
DE CIERTAS ABERRACIONES
DE LOS CLIENTES, QUE LOS JUECES
DEBEN RECORDAR EN DISCULPA
DE LOS ABOGADOS



Es sorprendente la constancia con que los clientes, al elegir sus abogados, buscan en ellos precisamente las cualidades opuestas a las que son estimadas por los jueces. Los jueces prefieren los abogados discretos y lacónicos; los clientes los quieren violentos y de gran vistosidad; a los jueces les hastían los ingeniosos fabricantes de sofismas; los clientes ven en la fertilidad con que se excogitan sutiles expedientes, la condición más apreciable del ingenio del abogado; los jueces prefieren los defensores que, al exponer su tesis, confíen en la bondad de los argumentos y no en la imposición de su autoridad personal, y los clientes buscan los defensores entre los diputados o los profesores. Pero lo más extraño es esto: que también el juez, cuando por cualquier asunto personal se convierte en justiciable y tiene necesidad de un defensor, cae en la misma aberración de los clientes profanos, y lo va a buscar entre aquellas categorías de abogados de los cuales, como juez, siempre ha desconfiado.

Qué quiere decir “gran abogado”? Quiere decir abogado útil a los jueces porque les ayuda a decidir según justicia; útil al cliente por ayudarle a hacer valer las propias razones. Útil es el abogado que habla lo estrictamente necesario, que escribe claro y conciso, que no embaraza la audiencia con su arrolladora personalidad, que no fastidia a los jueces con su prolijidad ni les hace sospechar con sus sutilezas; exactamente lo contrario, por tanto, de lo que cierto público entiende por “gran abogado”.



Dijo el cliente al elegir defensor: — Elocuente y astuto: magnífico abogado. Dijo el juez al fallar en contra: — Charlatán y embrollador: abogado pésimo.



Ciertos clientes acuden al abogado confiándole sus males, con la ilusión de que, contagiándose, quedarán inmediatamente curados, y salen sonrientes y satisfechos, convencidos de haber reconquistado el derecho de dormir tranquilos desde el momento en que han encontrado quien ha asumido la obligación profesional de pasar las noches agitadas por su cuenta.

Una noche encontré en el teatro un cliente que aquel mismo día había venido a mi despacho a manifestarme que estaba al borde de la quiebra. Pareció contrariado y sorprendido por encontrarme en aquel lugar de distracción, y desde lejos me miraba durante el espectáculo con cierto ceño, casi suficiente para hacerme comprender que con la ruina que le amenazaba, no era delicado que yo pensase en divertirme y no sintiese el elemental deber de permanecer en casa suspirando por él.



Cuando explicas a ciertos clientes que los abogados no se han creado para poner trampas a la justicia, te miran con aire estupefacto. ¿Para qué, pues, sirve el abogado si no es para asumir sobre él nuestros embrollos, y conservar inmaculada nuestra fama de personas decentes?



Hay un momento en que el abogado civilista debe mirar de frente la verdad, con ojos desapasionados de juez; es aquel en que, requerido por el cliente para que le aconseje sobre la oportunidad de promover un pleito, tiene el deber de examinar imparcialmente, tomando en consideración las razones del eventual adversario, si puede ser útil a la justicia la obra de parcialidad que se solicita de él. Así el abogado, en materia civil, debe ser el juez instructor de sus clientes, cuya utilidad social es tanto más grande cuanto mayor es el número de sentencias de “no ha lugar a proceder” que se pronuncian en su despacho.



La obra más preciosa de los abogados civilistas es la que desarrollan antes del proceso evitando con sabios consejos de transacción los litigios que empiezan y haciendo todo lo posible a fin de que no adquieran aquel paroxismo morbosos que hace indispensable el refugio en la clínica judicial. Ocurre lo mismo con los abogados que con los médicos, de los cuales si alguien duda que su intervención sirva seriamente para hacer variar el curso de una enfermedad ya declarada, nadie se atreve a negar la gran utilidad social de su obra profiláctica. El abogado probo debe ser, más que clínico, el higienista de la vida judicial; y precisamente por esta diaria obra de desinfección de la litigiosidad,

que no se saca a la publicidad de los Tribunales, los jueces deberían considerar a los abogados como sus colaboradores más fieles.



Al acabar un día ocioso, en que ningún cliente se había acercado a llamar a su puerta, el abogado salió de su despacho frotándose las manos con aire feliz, y dijo: — Buen día; nadie ha venido a pedirme que le anticipe las costas.



No es cierto, como he oído decir a algún defensor sin escrúpulos, que la cuestión jurídica sea de la competencia del abogado y la cuestión moral de la competencia del cliente. Creo más bien que es oficio nobilísimo del abogado el de llamar la atención del cliente antes sobre la cuestión de moralidad que sobre la de derecho; y hacerle entender que los artículos de los Códigos no son cómodos biombos fabricados para esconder suciedades. Considerar las cuestiones de derecho como un teorema a demostrar mediante fórmulas abstractas, en el cual los hombres están representados por letras y los intereses por cifras, puede

hacerlo el jurista en un tratado o en una lección; pero el abogado práctico debe ver, detrás de la fórmula, los hombres vivos. Dejemos que los profesores enseñen en clase que la ley es igual para todos; será después misión del abogado explicar a los clientes que la ley civil está hecha, particularmente, para las personas honradas, y que para las otras existe la penal.



Los jueces se lamentan de que los abogados escriben mucho; y casi siempre tienen razón. Pero se equivocan si, de este exceso, culpan solamente a la natural verbosidad de los abogados o acaso a su deseo de mayor lucro. Los jueces no saben en qué medida esta prolijidad es debida a las presiones del cliente, y cuánta paciencia necesita el abogado para no someterse a la insistencia de quien gradúa la bondad de la defensa por el peso del papel escrito. Tengo en la memoria la frase de una distinguida señora, la cual, después de haberme explicado por décima vez los argumentos en los cuales, a su entender, debía apoyar su defensa, en el momento de marcharse se detuvo en la puerta de la habitación, y con una sonrisa suplicante suspiró: — Abogado, en usted confío; ¡escriba mucho!



Ciertos hombretones de buen apetito opinan que los médicos han sido creados, no para enseñar la templanza, que conserva la salud, sino para buscar remedios heroicos contra las enfermedades producidas por los excesos y proporcionar así a sus fieles clientes la receta para continuar tranquilamente excediéndose; del mismo modo piensan algunos que la función de los abogados en la sociedad no es la de mantener a sus clientes en el camino de la legalidad, sino la de excogitar soluciones para reparar las fechorías de los embrollones y para ponerlos así en condiciones de continuar tranquilamente sus embrollos.



Sé de un leguleyo que después de haber sido condenado por falsedad y estafa y eliminado por este motivo del Colegio de Abogados, cuando salió de la prisión se encontró con un número de clientes que jamás había soñado cuando la gente lo creía honrado. Esta es la mentalidad del gran público en relación a los abogados: si ha sido capaz de cometer la estafa por su cuenta, dice la gente, quién sabe lo hábil que será para embrollar a los jueces por encargo de sus clientes.



Si el acusado pobre y oscuro encuentra a su lado, aun en los procesos más reñidos y peligrosos, el defensor que fraternalmente le asiste, esto significa que en el corazón de los abogados no se alberga solamente la codicia de dinero y la sed de gloria, sino también, y a menudo, la cristiana caridad que obliga a no dejar al inocente solo con su dolor y al culpable a solas con su vergüenza. Pero hay algo más: cuando alguno pasa al lado de la violencia que amenaza el derecho y en lugar de proseguir de prisa su camino, aparentando no ver, se detiene desdeñoso para apostrofar al prepotente y, olvidando su propio peligro, se lanza generosamente en medio de la reyerta, para ayudar al débil que tiene razón, hacer esto se llama valor cívico, que es virtud todavía más rara que la de la caridad. Recuérdese tal proceder a los que con gusto sigilen bromeando con frases anticuadas sobre la proverbial rapacidad de los abogados.



En la abogacía civil la diferencia entre los profesionales dignos y los aprovechados, es la siguiente: que mientras éstos se ingenian para encontrar en las leyes los preceptos que permitan a los clientes violar legalmente la moral, aquéllos buscan en la moral las razones para impedir a los clientes hacer lo que sólo las leyes permiten.



En opinión de Racine, los sesenta años son precisamente la edad adecuada para litigar: *le bel âge pour plaider*. Pero todos los abogados conocen clientes para los cuales a cualquier edad, aun en aquella en que otros sueñan con el amor y la gloria, el objeto esencial de la existencia es el litigio, hacia el cual los arrastra, no maldad ni avidez, sino la morbosa exasperación de aquella sedienta curiosidad del misterioso porvenir que todo hombre discreto sabe ocultar en el fondo de su corazón cuando la siente levantarse con él cada mañana. El litigioso ama los procesos porque le renuevan continuamente la ansiedad de la espera; la derrota no le acobarda porque redobla en él los enigmas del desquite, y si multiplica las peticiones y los incidentes lo hace, no porque espere que prosperen, sino porque le proporcionan el modo de crear ante sí una serie de metas que prolongan su deseo de vivir hasta poderlo alcanzar. Su terror es el final del proceso, aunque le sea favorable, porque significa revelación del misterio, desaparición del riesgo, clausura del porvenir. ¿De qué sirve vivir cuando la última sentencia ha sido pronunciada? *Mais vivre sans plaider est-ce contentement?* Conozco un venerando litigante, hoy más que octogenario, que con más de sesenta años inició un litigio para entrar en posesión de una discutida heredad. Sus adversarios, que entonces eran jóvenes, creyeron que la mejor táctica contra él sería la de detenerlo con excepciones dilatorias en espera de su muerte, que suponían no lejana. Y se inició entonces un épico duelo entre el procedimiento y la longevidad. Pero mientras, con el transcurso de los años, en las defensas se sucedían generaciones de abogados, y uno tras otro eran

jubilados los magistrados que habían pronunciado las primeras sentencias, él solo, el viejo, en lugar de declinar, adquiriría nuevo vigor a cada interlocutoria que alejara todavía más en el incierto porvenir la solución del proceso. Aun hoy persevera impávido, con su larga barba de patriarca, agitándose desde una trinchera de papel sellado; y mira en actitud de desafío a sus adversarios, que, haciéndose la ilusión de tener como aliada la muerte para darles la victoria, no se han dado cuenta de que sólo la victoria podría hacerlo morir.



VIII
DE LA PREDILECCIÓN
DE ABOGADOS Y JUECES
POR LAS CUESTIONES DE DERECHO
O POR LAS DE HECHO



También en la vida judicial las funciones más útiles son, a menudo, las menos apreciadas. Existe entre los abogados y los magistrados cierta tendencia a considerar como material de deshecho las cuestiones de hecho y a dar a la calificación de “pruebista” un concepto despectivo, siendo así que quien busque en los abogados y en los jueces más la substancia que la apariencia, debería estimar tal calificación como un título de honor. El “practicón”, magistrado o abogado, es un hombre honrado, modesto, pero honesto, para quien dar con la solución justa que corresponda con mayor claridad a la realidad concreta interesa más que el figurar como colaborador de revistas jurídicas, y que pensando más en el bien de los justiciables que en el propio, se somete por ellos al profundo estudio de los autos, que exige abnegación y no da gloria. Es una lástima que en el ordenamiento actual de la carrera judicial, la constancia con que el juez oye a los testigos y la diligencia con que anota los documentos, no sean, como las sentencias brillantemente fundadas en Derecho, títulos que se pueden hacer valer en los concursos; por eso el juez que prefiere las cuestiones de Derecho piensa a menudo, más que en la justicia, en el ascenso.

Cuentan de un médico que cuando era llamado a la cabecera de un enfermo, en lugar de ponerse a examinarlo y a auscultarlo pacientemente para diagnosticar su enfermedad, comenzaba a declamar disertaciones filosóficas sobre el origen metafísico de la enfermedad, que, a su entender, demostraba que el auscultar al enfermo y el tomarle la temperatura eran operaciones superfluas. Los familiares, que esperaban el diagnóstico en torno al lecho, quedaban maravillados de tanta sabiduría, y el enfermo, a las pocas horas, moría tranquilamente. Este médico de quererlo definir en jerga forense, se le podía llamar un especialista en “cuestiones de Derecho”.



Ex facto oritur jus es un viejo aforismo, cauto y honesto, que supone en quien desea juzgar bien determinar, antes que todo, con fidelidad minuciosa, los hechos discutidos. Pero ciertos abogados entienden lo contrario; cuando han escogido una brillante teoría jurídica que se presta a virtuosismos de fácil ingenio, los hechos se le ajustan exactamente, siguiendo las exigencias de la teoría; y así *ex iure oritur factum*.



Solamente el jurista puro, que escribe tratados o explica lecciones, puede permitirse el lujo de tener opiniones rígidas sobre ciertas cuestiones de Derecho y de presentar abierta batalla a la jurisprudencia dominante cuando la considera equivocada; pero el defensor debe mantener siempre, en relación a la interpretación que haya de darse a las leyes, cierta elasticidad de opinión que le permita inclinarse en cada caso, cuando se trata de defender los intereses de su cliente, a la interpretación que, por estar avalada por mayor número de acreditadas autoridades, asegura a su causa más probabilidades de victoria. No es buen abogado aquel que no resiste a la embriagadora tentación de ensayar *in corpore vili* sus nuevos descubrimientos teóricos; cuando se trata de operar sobre la carne viva del cliente, la discreción le debe aconsejar, aunque como jurista crea que la jurisprudencia dominante es equivocada, atenerse como abogado al *video meliora proboque, deteriora sequor*.



Elegantes cuestiones de Derecho; inútiles paréntesis de distinción y de agilidad, útiles solamente para destrozarse la claridad del tema, semejante a aquellas acrobáticas variaciones con que a ciertos virtuosos del violín les gusta embrollar a la mitad la música de una sonata.

Se repite con frecuencia que la prueba testifical es el instrumento típico de la mala fe procesal; y que de testigos desmemoriados, cuando no corrompidos, la justicia no puede esperar más que traiciones. Será verdad; pero yo creo que de esta tradicional lamentación contra la falacia de los testimonios puede ser en gran parte responsable la ineptitud o la holgazanería de los encargados de recibirla. Cuando se ve que, en ciertos Tribunales, los jueces delegados para la instrucción de los asuntos civiles acostumbran (acaso porque están sobrecargados de otros trabajos) dejar a los secretarios o a los oficiales la delicadísima misión de interrogar a los testigos, hay razón para pensar que si éstos no dicen la verdad, la culpa no es toda de ellos. Un juez sagaz, resuelto y trabajador, que tenga cierta experiencia del alma humana, que disponga de tiempo y que no considere como mortificante trabajo de amanuense el empleado en recoger las pruebas, consigue siempre obtener del testigo, aun del más obtuso y del más reacio, alguna preciosa partícula de verdad. Sería conveniente que en la preparación profesional de los magistrados se comprendiesen amplios estudios experimentales de psicología del testimonio; y que en las promociones, más que a la sabiduría con que el juez sepa leer en los códigos impresos, se considerase título de mérito la paciente penetración con que sepa descifrar los enigmas ocultos en el corazón de los testigos.



A veces, en los procesos, la preferencia dada por los abogados y jueces a las cuestiones de derecho o a las de hecho, no corresponden a las verdaderas necesidades de la causa, sino que está determinada por motivos tácticos que sólo los expertos consiguen leer entre las líneas de los fundamentos. En otros tiempos, cuando las sentencias de los antiguos Parlamentos franceses eran impugnables por error de hecho pero no por error de derecho, parecía suprema habilidad de los abogados la consistente en revestir cualquier duda jurídica con cuestiones de hecho. Lo contrario ocurre hoy en cuanto a los abogados de casación, los cuales, para poder recurrir las sentencias pronunciadas por las Audiencias, impugnables sólo por infracción de ley, de las más modestas y concretas cuestiones de derecho, sacan pretextos para disertar de *apícibus iuris*. Pero a este expediente de mal abogado desearíamos que no recurriesen los jueces; da pena verlos a veces, para poner sus sentencias a cubierto de la casación, ingeniarse para pasar en silencio cuestiones esenciales de derecho y lanzar por el mundo ciertas sentencias tan pesadamente motivadas en cuanto a los hechos que parecen verdaderamente protegidos de una antiestética coraza destinada a cerrar el paso no sólo a los golpes de los abogados (que esto podría ser una ventaja), sino también (y esto sin duda es un mal) a los ojos indagadores del Tribunal Supremo.



IX
DEL SENTIMIENTO Y DE LA LÓGICA
EN LAS SENTENCIAS



La motivación de las sentencias es, verdaderamente, una garantía grande de justicia, cuando mediante ella se consigue reproducir exactamente como en un croquis topográfico, el itinerario lógico que el juez ha recorrido para llegar a su conclusión; en tal caso, si la conclusión es equivocada, se puede fácilmente determinar, a través de los fundamentos, en qué momento de su camino, el juez ha perdido la orientación. ¿Pero cuántas veces los fundamentos son una fiel reproducción del sendero que ha guiado al juez hasta el punto de llegada? ¿Cuántas veces el juez está en condiciones de darse exacta cuenta, él mismo, de los motivos que le han inducido a decidir así? Se representa escolásticamente la sentencia como el producto de un puro juego lógico, fríamente realizado, sobre conceptos abstractos, ligados por una inexorable concatenación de premisas y de consecuencias; pero en realidad, sobre el tablero del juez, los peones son hombres vivos que irradian una invisible fuerza magnética que encuentra resonancias o repulsiones ilógicas, pero humanas, en los sentimientos del juzgador. ¿Cómo se puede considerar fiel una motivación que no reproduzca los subterráneos meandros de estas corrientes sentimentales, a cuyo influjo mágico ningún juez, ni el más severo, puede sustraerse?

A un cuando continuamente se repita que la sentencia se puede esquemáticamente reducir a un silogismo en el cual, de premisas dadas, el juez saca, por la sola virtud de la lógica, la conclusión, ocurre a veces que el juez, al hacer la sentencia, invierte el orden natural del silogismo: esto es, primero encuentra la parte dispositiva y después las premisas que sirven para justificarlo. A esta inversión de la lógica formal, parece que el juez sea inducido oficialmente por ciertos preceptos judiciales, como los que le imponen publicar al final de la audiencia la parte dispositiva de la sentencia (esto es, la conclusión), mientras le consiente demorar algunos días la formulación de los motivos (esto es, las premisas). La misma ley parece, pues, reconocer que la dificultad de juzgar no consiste tanto en encontrar la conclusión, que es trabajo que puede despacharse en el día, sino en encontrar después, con más largas meditaciones, las premisas cuya conclusión debería ser, según el vulgo, la consecuencia. Las premisas aparecen muy a menudo, no obstante su nombre, meses después; el techo, en materia judicial, se puede construir antes que las paredes. Con esto, no se quiere decir que la parte dispositiva se obtenga a ciegas y que los fundamentos tengan solamente el objeto de hacer aparecer como fruto de riguroso razonamiento lo que en realidad es fruto del arbitrio; se quiere decir solamente que, al juzgar, la intuición y el sentimiento tienen muy a menudo una participación más importante de lo que a primera vista parece; por algo, dirá alguno, sentencia deriva de sentir.



Para explicar la diferencia que existe entre la psicología del abogado y la del juez, suele decirse que el primero esta llamado a presentar, frente a una conclusión ya dada (la que da la razón a su cliente), las premisas que mejor la justifiquen, mientras el segundo está llamado a sacar de premisas dadas (las resultantes del proceso) la conclusión lógicamente derivada. Pero no siempre la diferencia es tan clara: a veces también el juez se esfuerza en encontrar *a posteriori* los argumentos lógicos más idóneos para sostener una conclusión anticipada sugerida por el sentimiento. También al juez le puede ocurrir, como al abogado, partir de la conclusión para llegar a las premisas; pero mientras al abogado esta conclusión le es impuesta por el cliente, al juez se la impone aquella misteriosa y clarividente virtud de intuición que se llama el sentido de la justicia.



Más que en la virtud cerebral de la dialéctica, los buenos jueces confían en su pura sensibilidad moral; y cuando después se ven obligados a llenar con argumentaciones jurídicas los fundamentos de sus sentencias, consideran esta fatiga como un lujo de intelectuales desocupados, porque están convencidos de que cuando aquella íntima voz ha pronunciado dentro su dictamen, no había necesidad de demostraciones racionales.

Todos los abogados saben que los fallos justos son mucho más frecuentes que los fundamentos impecables; y así ocurre a menudo, que después de una casación por defectos de motivación, el juez de instancia no puede en conciencia hacer otra cosa que reproducir, con mayor habilidad, el fallo de la sentencia casada. Esto ocurre porque a veces el juez, en el cual las dotes morales son superiores a las intelectuales, siente intuitivamente de cuál de las partes está la razón; pero no consigue dar con los medios dialécticos para demostrarlo. Creo que la angustia más obsesionante para un juez escrupuloso ha de ser precisamente ésta: sentir, sugerida por la conciencia, cuál es la decisión justa y no conseguir encontrar los argumentos para demostrarlo según la lógica. En este aspecto, es conveniente que el juez tenga también, aun en pequeño grado, algo de la habilidad del abogado; porque al redactar los fundamentos debe ser el defensor de la tesis antes fijada por su conciencia.



A fuerza de leer en las revistas los más bellos fundamentos de derecho aislados de la parte dispositiva y de verlos considerados como título de mérito en el llamado escrutinio para las promociones, existe el peligro de que algún juez se habitúe a considerar la parte dispositiva como un elemento secundario de la sentencia, esto es: solamente como una ocasión para redactar unos interesantes considerandos, los cuales de esta manera resultarían en lugar de un puente de paso

hacia la justa conclusión, el verdadero fin del juicio. Se puede creer como exacto que no comprendería la santa seriedad de la justicia, el juez que, lejos de presentar a las preocupaciones de los litigantes una solución justa, se preocupase de ofrecer para distracción de los lectores, un ensayo de amena lectura; podría resultar una especie de padre Zappata judicial: el juez que motiva bien y decide mal.



No siempre sentencia bien fundada quiere decir sentencia justa, ni viceversa. A veces unos fundamentos desaliñados y breves indican que el juez, al decidir, estaba tan convencido del acierto de su fallo, que consideró tiempo perdido el que se emplease en demostrar su evidencia; como otras veces una motivación difusa y muy cuidada, puede revelar en el juez el deseo de disimular a sí mismo y a los demás, a fuerza de arabescos lógicos, la propia perplejidad.



No digo, como he oído muchas veces, que sea nociva al juez la mucha inteligencia; digo que es juez óptimo aquel en quien prevalece sobre las dotes de inteligencia la rápida intuición humana. El sentido de la justicia, mediante el cual se aprecian los hechos y se siente rápidamente de qué parte está la razón, es una virtud innata que no tiene nada que ver con la técnica del derecho; ocurre como en la música, respecto a la cuál, la más alta inteligencia no sirve para suplir la falta de oído.



X
DEL AMOR DE LOS ABOGADOS
POR LOS JUECES Y VICEVERSA



No creáis al abogado que, después de haber perdido un pleito, se hace el incomodado contra los jueces y aparenta odiarlos y despreciarlos. Pasado el breve malhumor, fugaz como los celos de los enamorados, el corazón del abogado es todo para los Tribunales, cruz y delicia de su vida. Si en las altas horas de la noche, los juerguistas, al regresar a casa, pasan bajo la ventana de un abogado, la verán iluminada; el abogado está allí, a su mesa, y en la tranquilidad nocturna redacta para la mujer amada que le disputa un rival, cartas ardientísimas, prolijas, enfáticas y fastidiosas, como todas las cartas de amor; estas cartas se llaman demandas, dúplicas o conclusiones, y esta amada se llama la Audiencia. Si en una biblioteca pública véis a un abogado que saca de los estantes, entre nubes de polvo, viejos librotos, que ningún otro consulta, es que busca ciertas fórmulas mágicas, halladas en los siglos lejanos por viejos cabalistas, que le han de servir para vencer por encanto los desdenes de su bella esquivia: la Sala. Y si la tarde del día festivo, el abogado se encamina hacia el campo, no penséis que va a distraerse; tratad de seguirlo sin que de ello se aperciba, y os daréis cuenta de que, cuando cree estar solo, su cara adquiere

una expresión inspirada y sonriente, su mano se mueve dibujando un rotundo gesto inconsciente y sus labios, dirigiéndose a los árboles, confidentes habituales de los enamorados, repiten los susurros de su eterna pasión: “Señores de la Sala...”



Se dice que los abogados no aman a los jueces todo lo que éstos se merecen. Y, sin embargo, yo conozco ciertos defensores que, para mejor persuadir a los jueces, con la dulzura de su acento, con la armonía del gesto y con la graduación de sus sonrisas, aprenden de memoria sus discursos y los ensayan delante del espejo. ¿Qué enamorado llegaría a tal paroxismo de sumisión, hasta preparar de esta manera las frases irresistibles que habrá de susurrar a su amada?



Preguntó un joven abogado, que tenía el celo del neófito: — He defendido tres pleitos: en dos de los cuales estaba convencido de tener razón, he trabajado muchas semanas para preparar largos escritos, todos llenos de admirable doctrina; en el tercero, en que me parecía no tenerla, me he limitado a echar fuera cuatro líneas para preparar una prueba testifical; los dos primeros los he perdido; el tercero lo he ganado.

¿Cómo debo arreglármelas en lo sucesivo?. Respondió el abogado viejo: —Todas las causas, sin excluir ninguna, debes estudiarlas a fondo, para buscar los argumentos de defensa más serios y más convincentes; pero no olvides nunca de formular, no en lugar de los argumentos más sólidos, sino como complemento de ellos, la acostumbrada excepción de incompetencia a la consabida petición de prueba. Así, si encuentras un juez estudioso (lo que ocurre casi siempre), te dará la razón por los argumentos serios; si ocurre que encuentras un juez que tenga prisa (lo que ocurre algunas veces), te dará la razón por los otros.



Cuando un juez en los fundamentos de su sentencia dirige a la defensa de una parte los adjetivos de “hábil”, “docto” y otros por el estilo, lo hace casi siempre para endulzar lo que va a decirle a continuación, esto es, que él no se deja engañar por aquella habilidad y que no se adhiere a aquella doctrina. Si un abogado, al leer los fundamentos de una sentencia ansiosamente esperada, da con tales adjetivos laudatorios dirigidos a él, puede estar seguro, sin necesidad de leer la parte dispositiva, que ha perdido el pleito.



Cuando los espectadores profanos de una vista se aventuran a sacar de la actitud de los magistrados horóscopos sobre la suerte del pleito que se discute, invariablemente prevén lo contrario de lo que ocurrirá. Si los jueces escuchan con gran atención el informe de un defensor, esto no significa, como cree el profano, que los jueces se inclinan a la tesis que aquél sostiene, sino todo lo contrario: que estando decididos a no darle la razón, sienten todavía curiosidad por saber qué otros argumentos encontrará para sostener la tesis por ellos ya tácitamente condenada. Si el presidente corta la palabra bruscamente a un abogado o le invita a concluir, esto no quiere decir, como puede creer el profano, que su causa esté desahuciada, sino que el Tribunal no está dispuesto a perder el tiempo escuchando argumentos de los que ya está convencido. Aprenda el abogado principiante a alegrarse de ser interrumpido por el presidente durante su informe; pero aprenda también cuando, esperando la sentencia de un pleito en el que ha puesto toda su alma, cree ver un anuncio consolador en la dulce sonrisa que le ha dirigido por la calle el ponente, que también aquella sonrisa, con la sentencia inminente, es una señal infausta; los jueces están siempre dispuestos a pagar con cortesías personales fuera del Tribunal a los abogados a quienes unos minutos antes, en la discusión de una sentencia, no han dado la razón.



Te aconsejo, joven abogado, que cuando pierdas un asunto civil, des en seguida una ojeada a los autos en la secretaría y busques con cuidado si el ponente, al leer tus escritos, ha dejado alguna indicación. A menudo ocurrirá que en las márgenes encontrarás escritas a lápiz frases de disconformidad que te explicarán mejor que los considerandos de la sentencia cuáles eran los puntos débiles de tu defensa y cuáles los argumentos que más han enojado al ponente; y si no encuentras frases de censura clara, bastará algún subrayado o alguna admiración para ponerte fielmente de manifiesto lo que el juez pensaba de ti; y esto te servirá de saludable lección. Por consideraciones análogas, aunque contrarias, te aconsejo que no desahogues nunca tus impresiones escribiéndolas al margen de las sentencias pronunciadas en contra tuya; porque el día de mañana, continuando el pleito, pueden acaso caer de nuevo en manos del juez que las redactó.



La amistad personal entre el juez y el abogado no es, al contrario de lo que creen los profanos, un elemento que pueda favorecer al cliente; porque si el juez es escrupuloso, tiene tanto temor de que la amistad pueda, sin darse cuenta, llevarlo a ser parcial a favor del amigo, que, naturalmente, se siente llevado por reacción contraria a ser injusto en contra suya. Para

un juez honrado, que debe decidir una controversia entre un amigo y un extraño, es necesaria mucha más fuerza de voluntad para dar la razón al amigo que para quitársela; se necesita más valor para ser justo, aun a riesgo de parecer injusto, que para ser injusto, siempre que queden a salvo las apariencias de la justicia.



XI
DE ALGUNAS TRISTEZAS Y HEROÍSMOS
DE LA VIDA DE LOS JUECES



En la “República” de Platón, médicos y jueces son confundidos bajo una misma desconfianza, como síntomas reveladores de las enfermedades físicas y morales que sufren los ciudadanos. Esta afinidad psicológica entre las dos profesiones no es hoy menos evidente, sobre todo por aquel sentimiento de viril pesadumbre que la experiencia de los males ajenos, físicos o morales, determina en quien diariamente los estudia y los conforta. También los jueces, como los médicos, no ven a su alrededor más que lisiados y leprosos; también los jueces, como los médicos, respiran continuamente el aire viciado de las salas, en aquellos grises hospitales de toda la humana corrupción, que son los Tribunales.



Sé de un químico que cuando en su laboratorio destilaba venenos, se despertaba sobresaltado por la noche, recordando con terror que un miligramo de aquella sustancia podía ser suficiente para matar un hombre. ¿Cómo puede dormir tranquilamente el juez, el cual sabe que tiene en su secreto alambique un tóxico sutil que se llama injusticia, del cual una gota escapada por error puede bastar no sólo para quitar la vida, sino, lo que es más terrible, para dar a toda una vida un sabor amargo que ninguna dulzura podrá nunca hacer que desaparezca?



El buen juez pone el mismo escrúpulo para juzgar todas las causas, aun las más humildes; sabe que no existen grandes y pequeños pleitos, porque la injusticia no es como aquellos venenos de los que cierta medicina afirma que tomados en grandes dosis matan, pero tomados en dosis pequeñas curan. La injusticia envenena aun en dosis homeopáticas.



Así como para distraerse con sucesos excepcionales de la tranquila normalidad de la vida diaria, a los buenos burgueses les gusta encontrar en las novelas policíacas o en las salas cinematográficas, dramas judiciales con tintas oscuras, así el juez, para encontrar en el teatro espectáculos excepcionales a propósito para distraerlo de su cotidiana realidad, querría ver representados, en escenarios rosa y azul, cónyuges que se quieren bien, hermanos que se dividen la herencia sin rencores, comerciantes que no quiebran y propietarios de terrenos limítrofes que, sentados en el margen común, se cuentan conmovidos hasta el límite del llanto, la alegría recíproca de sentirse buenos vecinos.



Hasta en aquella hora de expansión de espíritu que el hombre fatigado puede encontrar en su mesa, si se sientan a su alrededor amables conversadores, está prohibida al juez, al cual, un artículo del código que le amenaza con la recusación si se le prueba ser "comensal habitual" de un justiciable, aconseja hacer sus comidas en ascética soledad. También esto lo debe saber el joven licenciado, cuando, al acudir a las dependencias judiciales, interroga a su corazón para estar seguro de la vocación que presiente: que durante su noviciado, en aquel lugar provinciano donde él, acaso

todavía soltero, estará al frente del Juzgado, su mesa, en la única fonda de la ciudad, deberá estar apartada y silenciosa; único comensal admitido a su mesa deberá ser, invisible, pero presente, su propia independencia.



En ciertas ciudades de Holanda viven en oscuras tenduchas los talladores de piedras preciosas, los cuales pasan todo el día trabajando en pesar, sobre ciertas balanzas de precisión, piedras tan raras, que bastaría una sola para sacarlos por siempre de su miseria. Y después, cada noche, cuando las han entregado, fúlgidas a fuerza de trabajo, a quien ansiosamente las espera, serenos preparan sobre la misma mesa en que han pesado los tesoros ajenos, su cena frugal, y parten sin envidia, con aquellas manos que han trabajado los diamantes, el pan de su honrada pobreza. También el juez vive así.



No conozco otro oficio que, más que el de juez, exija en quien lo ejerce fuerte sentido de viril dignidad; sentido que obliga a buscar en la propia conciencia, más que en las opiniones ajenas, la justificación del propio obrar, y asumir de lleno, a cara descubierta, la responsabilidad. La independencia de los jueces, esto es, el principio institucional por el cual, en el momento en que juzgan, deben sentirse libres de toda subordinación jerárquica, es un duro privilegio que impone a quien lo disfruta el valor de responder de sus actos sin esconderse tras la cómoda pantalla de la orden del superior. Por esto, la colegiación, que se suele considerar como una garantía para los justiciables, fué acaso establecida para ayuda de los jueces; para darles un poco de compañía en la soledad de su independencia.



Siento un poco de sutil malestar cuando encuentro en los Tribunales, llevando bajo el brazo la cartera de sus escritos, a algún magistrado que, jubilado por haber alcanzado el límite de edad, se ha dedicado a ejercer la abogacía. Sí; lo sabemos: abogacía y magistratura están moralmente al mismo nivel, y el cambiar la toga del juez por la del defensor no es rebajarse. Pero hasta ayer le habíamos visto austero y solemne en su sillón, dispuesto a cortar nuestras torpes discusiones profesionales; y teníamos la impresión de que era mejor que nosotros porque había alcanzado, ejercitando

la imparcialidad durante toda su vida, aquella serena tranquilidad de espíritu que permite a los viejos valuar y compadecer desde lo alto, como miserias que no les alcanzan, las pasiones y la codicia de la turbulenta juventud. Da pena encontrárselos en medio de nosotros, afanosos y ásperos, en nuestras mismas luchas, y sentir su voz, que ya los años han hecho un poco trémula, adoptar tonos de desdén retórico por encargo del cliente. No hay espectáculo más triste que el ofrecido por ciertas personas de edad cuando inconscientemente se aventuran en juveniles intemperancias, que requerirían para no resultar torpes la pronta agilidad de los veinte años. Y aun también para ciertas destrezas forenses, para ciertas turbulencias de audiencia, es necesaria la desenvoltura de la edad; nunca he sentido tanto la mortificante tristeza de ciertos procedimientos abogadiles como cuando los he visto puestos en práctica por estos viejos principiantes, que con ingenua torpeza intentan, al declinar de su noble vida, aprender a ser parciales.



El verdadero “drama del juez” no es el que de vez en cuando aparece con este título en la novela o en el teatro y que se apoya casi siempre en una lucha enfática entre los deberes del oficio y la pasión del hombre; como los casos en que el fiscal debe sin saberlo acusar a un hijo suyo; o aquel, todavía más

extravagante, en que el juez instructor llega a conocer que el crimen que trata de descubrir lo cometió él mismo en estado de sonambulismo. Menos novelesca y más sencilla es la pesadumbre que alimenta el drama del juez. El drama del juez es la soledad; porque él, que para juzgar debe estar libre de afectos humanos y colocado un escalón más alto que sus semejantes, difícilmente encuentra la amistad, que sólo sabe de espíritus colocados al mismo nivel, y, si la ve que se avecina, tiene el deber de esquivarla con desconfianza, antes de que haya de darse cuenta de que la movía solamente la esperanza de sus favores o de que oiga se la censuran, como traición a su imparcialidad. El drama del juez es la cotidiana contemplación de las tristezas humanas que llenan todo su mundo, donde no tienen sitio las caras tranquilas y amables de los afortunados que viven en paz, sino sólo los rostros de los atormentados, descompuestos por el odio del litigio o por el envilecimiento de la culpa. Pero, sobre todo, el drama del juez es la costumbre, que, insidiosa como una enfermedad, le gasta y le desalienta hasta hacerle sentir, sin que se rebele, que el decidir de la vida y del honor de los hombres, se ha convertido para él en una práctica de ordinaria administración. El juez que se habitúa a hacer justicia es como el sacerdote que se habitúa a decir misa. Feliz ese viejo párroco de pueblo que hasta el último día siente, al acercarse al altar con vacilante paso senil, aquella sagrada turbación que experimentó, sacerdote novel, en su primera misa; feliz el magistrado que, hasta el día que precede a su jubilación por edad, experimenta al juzgar aquel sentimiento casi religioso de

consternación que le hizo estremecer cincuenta años antes, cuando, juez principiante, debió pronunciar su primera sentencia.



Un viejo magistrado, sintiéndose morir, serenamente sobre su lecho suplicaba: — Señor, querría al morir estar seguro de que todos los hombres que yo he condenado han muerto antes que yo, porque no puedo pensar en que deje en las prisiones de este mundo, sufriendo penas humanas, aquellos que fueron encerrados por orden mía. Querría, Señor, cuando me presente a tu juicio, encontrarlos en espíritu en el umbral para que me dijeran que saben que yo los juzgué según justicia, según lo que los hombres llaman justicia. Y si con alguno, sin darme cuenta, he sido injusto, a él más que a los otros quisiera encontrar allí, a mi lado, para pedirle perdón y para decirle que ni una vez, al juzgar, he olvidado que era una criatura humana esclava del error, que ni una vez al condenar, he podido reprimir la turbación de la conciencia, temblando ante una función que, en última instancia, puede ser solamente tuya, Señor.



XII
DE CIERTA COINCIDENCIA ENTRE
LOS DESTINOS DE LOS JUECES
Y DE LOS ABOGADOS



El abogado. — Feliz tú, juez, que puedes seguir en tu trabajo el regulado ritmo del horario de la audiencia y sentir a tu alrededor, cuando trabajas, el reposante respeto de la sala o el secreto recogimiento del despacho. Cuando entra el Tribunal, calla todo murmullo. Tu obra se desarrolla alejada del tumulto, sin acontecimientos imprevistos y sin precipitaciones; tú ignoras el ansia de improvisar, las sorpresas de la última hora; tú no tienes que fatigarte para encontrar argumentos, porque estás llamado solamente a escoger entre los buscados por nosotros, que realizamos por ti el duro trabajo de excavar, y para mejor meditar tu elección, tienes el deber de sentarte en tu cómodo sillón; tanto que, mientras los otros hombres se sientan para descansar, “sesión” se llama para ti el período de mayor trabajo. Pero la fatiga del abogado no conoce horario ni tregua; cada proceso abre un nuevo camino, cada cliente suscita un nuevo enigma. El abogado debe estar presente, al mismo tiempo, en cien sitios distintos, de la misma manera que su espíritu debe seguir al mismo tiempo cien pistas. A los clientes y no a él, les pertenecen también sus horas nocturnas, que son aquellas en que él, tormentosamente, elabora para ellos los más preciosos argumentos. Él es, material y espiritualmente, la proteiforme inquietud que vigila alerta, como tú

eres, ¡oh juez!, la olímpica inmovilidad que, sin prisa, espera. *El juez*.—Pero tú no sabes qué tumulto de peticiones, qué fluctuar de incertidumbres se agitan a veces dentro de la aparente inmovilidad del magistrado sentado. Si a menudo, durante la noche, sientes llamar a tu puerta al importuno cliente, más a menudo yo siento hasta el alba, en medio del insomnio, martillar en mi corazón la angustia de la duda. ¿Qué juez podrá dormir la víspera de una sentencia de muerte? Y, además, el peso de la condena pronunciada recae todo sobre el juez; el temor del error; el angustioso pensamiento de haber acaso encadenado la inocencia, le obsesiona y le abate. Los jueces no saben ya reír, porque sobre su cara se imprime con los años, como en una careta, el espasmo de la piedad que combate con el rigor. Cuando con tu defensa has cumplido tu deber, puedes tú, abogado, esperar sereno los acontecimientos; pero el juez, si consigue estar impasible, no consigue estar sereno. *El abogado*.—¿Serenos crees tú al abogado? ¿No te das cuenta, desde tu alto estrado, de que los abogados encanecen precozmente y pasan por la vida más deprisa que tú? El abogado vive cien existencias en una; le consumen juntos los cuidados de cien diversos destinos. Aun si, una semana al año, consigue aislarse sobre la cima de un monte o a bordo de un velero, le acompañan inexorablemente en sus vacaciones, los dolores, las codicias, las esperanzas de las personas que le han inoculado, despiadadamente, sus penas, para poder así librarse de ellas. Aunque él sea un dilapidador de su dinero, debe luchar para conservar el de sus clientes; aunque sea un hombre de bien, debe perder el sueño por las malas acciones de los otros; si

es un corazón pacífico que prefiere verse robado por un criado a tomarle las cuentas, debe envenenarse la existencia para vigilar hasta el céntimo a los criados de los demás. Y hablas después de la angustia del juzgar. ¿Pero tú has imaginado nunca el tormento del abogado que sabe, o cree saber, que de su habilidad depende en gran parte la orientación de tu juicio? A él le corresponde encontrar argumentos que sepan convencer; y si tú te equivocas, es culpa del abogado que no ha sabido sacarte a tiempo del campo del error. Nadie sabe describir la angustia del abogado, cuyo cliente es inocente y no consigue demostrarlo; que se siente inferior e impotente frente a la maestría o a las trampas del abogado contrario; que después de la derrota irreparable encuentra, por fin, pero demasiado tarde, el argumento que le habría asegurado la justa victoria. *El juez*.—Lo comprendo; pero al menos, ¿qué premio no representa para el abogado el conseguir la victoria al final de ciertos juicios! Durante todo el proceso, el centro de todas las curiosidades y de todas las simpatías es el defensor; el público vive, uno tras otro, todos sus movimientos, que exalta con su elocuencia. El juez está al fondo de la Sala, silencioso y pasivo, como una inútil figura decorativa de la escena; y si al fin la verdad triunfa, el aplauso y la emoción no van al juez que ha sabido destilarla del tumulto de su corazón, sino que van al abogado, quien aparece siempre como el triunfador de la justicia, a quien corresponde, en pago del oscuro tormento del juez, la gloria y la riqueza. *El abogado*.—No hables de riqueza; tú sabes que el verdadero abogado, el que dedica toda su vida al patrocinio, muere pobre; ricos se hacen solamente aquellos que

bajo el título de abogados, son en realidad comerciantes o mediadores o hasta, como hacen ciertos especialistas en materia de divorcio, desenvueltos alcahuetes. Y en cuanto a la gloria y al reconocimiento de la clientela, debes agradecer al abogado que colocándose como un trámite entre tú y su cliente, te ahorra de verlos en persona. Tú conoces el mundo a través de la palabra del abogado, que te presenta con buenas maneras y con bello estilo forense el caso, ya aislado, de las escorias de la cruda realidad, y ya traducido en comprensibles términos jurídicos; pero todas las insolencias de los litigantes, todas sus locuras y toda su villanía se desahogan, antes de subir a la Sala, en el despacho del abogado, que sostiene el primer choque y que opera la primera purificación a la luz, no solamente de los códigos, sino también de la gramática y de la urbanidad. Él es para ti el clarificador y el bruñidor de la grosera realidad; el que limpia los hechos del fango con que viven mezclados, para presentarlos limpios y floridos, con una inclinación, sobre tu mesa. Pero en este duro trabajo de afinamiento y de desinfección, no creas que el abogado se halla confortado con la gratitud de los que recurren a su obra; si se arriesga a explicar cortésmente que el abogado no está hecho para servir de mampara a sus mentiras, el cliente se ofende; si se le aconseja que no empiece una litis temeraria, el cliente lo juzga pusilánime; si se le advierte que para no aburrir a los magistrados es preciso ser sobrio al escribir y al hablar, el cliente le juzga un holgazán. Cuando el abogado consigue, a precio quién sabe de cuantos esfuerzos, vencer una causa que parecía desesperada, el cliente da a entender que por la

victoria, más que a la maestría de la defensa, se deben dar las gracias a una recomendación de un viejo amigo que ha intervenido a tiempo a espaldas del defensor; cuando la pierde, el cliente está convencido de que su abogado se ha dejado corromper por el adversario; cuando se demora el fallo porque el Tribunal tiene vacaciones, es culpa del abogado, que, prolongándola, quiere ganar más. Y no digamos nada de la despiadada negligencia con que el cliente olvida que también las fuerzas del abogado tienen su límite; que también es un hombre sujeto al cansancio y a las enfermedades; si al cliente que te cuenta por décima vez lo que le ocurre, le haces observar con una cansada sonrisa que no puedes escucharle más porque tienes fiebre, te mirará atónito, sin comprender, y empezará de nuevo el hilo de su discurso, porque si el abogado tiene el deber de interesarse por sus asuntos privados, él no tiene obligación de tomarse interés por los del abogado. *El juez.*—Pero también el oficio del juez es cruel; y cruel contra los jueces eres, a menudo, también tú, abogado. A veces el corazón de aquel hombre que se sienta en la Sala envuelto en la toga del juzgador, sufre las pasiones de la dolorida humanidad: la angustia de un amor traicionado, el ansia de un hijo moribundo. Pero estas voces deben callar en audiencia; el corazón del juez debe estar despejado, aun cuando esté lleno de sus afectos más secretos. El que como hombre siente que la cuestión que está llamado a resolver es cien veces menos importante que su dolor, debe considerar su dolor como una miseria sin importancia, frente a la cuestión más fútil que está llamado a juzgar; y mientras el hombre solloza pensando en el hijo que murió

ayer, el magistrado debe prestar atención al defensor que sin piedad habla hasta dos y tres horas, para contarle qué razones tuvo el inquilino para no pagar la renta. *El abogado*.—Acusas al abogado de no tener piedad de ti que le escuchas, como si él hablase por su gusto; pero, ¿no has pensado nunca en la pena del que, convencido de que defiende una causa justa, habla para transmitir a los jueces su convicción y se da cuenta de que no lo consigue, y se obstina desesperadamente, aunque se debiliten sus fuerzas, en hablar bajo la anhelante sensación de deber todavía añadir alguna cosa, a costa de la vida, por el triunfo de la verdad? ¿No has visto alguna vez desde tu sillón palidecer al abogado mientras habla, y llevarse por un instante la mano al corazón, con un rápido gesto de pena, que en seguida hace desaparecer el flujo del discurso? Y, además, si la muerte no le llega a la mitad de su informe, viene poco a poco, con la vejez, la desconsoladora soledad. También los clientes de los abogados siguen la moda y prefieren la segura audacia de los jóvenes a la trémula sabiduría de los viejos. Y los viejos quedan solos en su estudio polvoriento, que ya nadie visita, mirando con ojos extraviados, en las largas horas de ocio, los estantes donde desde hace cincuenta años custodian los inútiles legajos que los nietos arrojarán, sin abrirlos, a la basura. *El juez*.—Pero más solos se quedan los viejos magistrados jubilados, despojados del oro y del armión, convirtiéndose en débiles viejos desocupados que buscan un poco de sol en los bancos de los jardines públicos y pasan sus días rememorando el inmenso grupo de amigos devotos que tenían a su alrededor cuando estaban en activo, y que ha quedado disperso

de un golpe al alcanzar ellos el límite de edad. Y si para redondear la pensión o para no permanecer alejados de las conocidas salas, intentan dedicarse a la abogacía, la soledad de estos viejos principiantes, perdidos entre la multitud de los abogados jóvenes, es todavía más profunda y más triste. *El abogado*.—Esta es nuestra vida, ¡oh juez!; este sería al fin nuestro porvenir si por acaso nos es permitido llegar a viejos. Y sin embargo, siento que no querría a ningún precio cambiar mi destino. *El juez*.—Ni yo; porque me parece que entre todas las profesiones que los mortales pueden ejercer, ninguna otra puede ayudar mejor a mantener la paz entre los hombres, que la del juez que sepa dispensar aquel bálsamo para todas las heridas, que se llama justicia. Por esto, también, el final de mi vida me puede aparecer, aunque solitario, dulce y sereno; porque sé que la conciencia de haber empleado la parte mejor de mí mismo en procurar la justa felicidad de los otros, me dará tranquilidad y esperanza en el último suspiro. En esta esperanza, ¡oh abogado!, nuestros dos destinos se encontrarán a su término terreno; por esta meta común podemos, como hermanos, darnos la mano.



ÍNDICE

	Prólogo	5
I.	De la fe en los jueces primer requisito del abogado	25
II.	De la urbanidad (o bien de la discreción) de los jueces.....	37
III.	De ciertas semejanzas y diferencias entre jueces y abogados ..	51
IV.	De la llamada oratoria forense.....	63
V.	De cierta inmovilidad de los jueces en audiencia pública	83
VI	De ciertas relaciones entre los abogados y la verdad,o bien de la justa parcialidad del defensor	91
VII	De ciertas aberraciones de los clientes, que los jueces deben recordar en disculpa de los abogados	101
VIII	De la predilección de abogados y jueces por las cuestiones de derecho o por las de hecho.....	113
IX	Del sentimiento y de la lógica en las sentencias.....	121
X	Del amor de los abogados por los jueces y viceversa	129
XI	De algunas tristezas y heroísmos de la vida de los jueces....	137
XII	De cierta coincidencia entre los destinos de los jueces y de los abogados.....	147

